



BOLSILIBROS

EASA

Gerard Woren

TERROR

LOS PERROS



FEAR &



© GERARD WOREN
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-01680-9
Depósito legal: M. 40.683-1978
Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

LOS PERROS

Gerard Woren

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

PRÓLOGO

LA carretera que conducía a Deggendorf estaba todavía húmeda y brillante.

Había cesado de llover apenas una hora antes y las grandes nubes que entoldaban el cielo se desplazaban a grandes velocidades, impulsadas por fuertes ráfagas de viento.

Lluvia, viento, frío...

Una tarde desapacible de invierno, cruda y desgarradora, fácilmente influenciable para el espíritu de cualquier hombre que no fuese Rolf Fink, poco inclinado a considerar los fenómenos atmosféricos o naturales y rabiosamente emprendedor por el contrario en lo que se refería a asuntos de negocios.

Su viaje a Platling había sido fructífero y ventajoso y tenía motivos más que suficientes para ir entonando a voz en grito una canción, mientras conducía su coche por el asfalto mojado y cada vez más oscuro ante la llegada de la noche.

Estaba contento.

Eufórico.

Y lo demostraba, conduciendo incluso contra su costumbre de forma rápida y peligrosa.

Una curva en que chirriaban los neumáticos influía sobre el tono de su voz de barítono, una recta le adormecía en su canción y pese al tiempo reinante era un gran día, una gran tarde...

El negocio llevado a cabo representaría un buen montón de marcos en un par de meses y abría incluso una perspectiva inmejorable para el futuro.

Y la noche estaba cerca, cayendo sobre el pavimento azul, cayendo sobre los árboles desguarnecidos y esqueléticos que se levantaban a ambos lados de la carretera.

Rolf Fink, gordo y seboso, temblándole su gran papada de satisfacción, canturreaba sin cesar, cada vez con más ánimo, con más fuerza...

La vida era hermosa contando con buenos marcos.

Y su mente aburguesada, cien por cien materialista, realizaba planes y

más planes con la misma velocidad que el coche devoraba kilómetro tras kilómetro camino de la población más cercana en donde podría cenar a cuerpo de rey, tomar una copa e incluso tal vez buscar una mujer hermosa para pasar un rato...

Rolf Fink, como cualquier humano, como cualquier hombre, desconocía cuál era el límite de la felicidad y en dónde radicaba, pero con tan solo pensar en un rincón confortable de un restaurante de categoría y en una buena cena, regada abundantemente con cerveza, creía estar muy cerca de su posesión.

Un buen restaurante, camareros serviciales y atentos, tal vez incluso alguna aventurilla que narrar a sus compañeros cuando llegase a la oficina...

¡La felicidad!

¡La dicha completa!

Y su canción se convertía en un soneto interminable y caliente mientras en su boca de labios gordos y sensuales se dibujaba una sonrisa de relajación y comodidad.

—¡Eres un lince, Rolf! ¡Un lince! —se autocalificaba, con la mirada vidriosa de satisfacción fija en la cinta sinuosa de la carretera que el coche atravesaba.

Marcos, marcos... ¡una gran cantidad de marcos!

Y el primer inconveniente para su prevista cena, para su aventurilla y sus planes, surgió de improviso en un lado de la carretera, junto a un chocho tembloroso y escuálido que daba la impresión de querer arrodillarse ante la fuerza del viento.

—¡Qué diablos!

El pedal del freno cayó hasta el fondo, bajo el violento pisotón del pie derecho, provocando un chirrido áspero y el deslizamiento del automóvil hacia su derecha.

Un perro, un can lanudo y negro, había surgido ante el vehículo para detenerse bruscamente en mitad del pavimento.

Y Rolf Fink, como la mayoría de los conductores, aun sabiendo que era preferible arrollar al animal para evitar un desagradable contratiempo, reaccionó queriendo evitar el atropello.

El perro ni siquiera se movió y el hombre pudo hacerse con el control del vehículo a duras penas.

—¡Maldito chucho! ¡Y encima se queda ahí en medio tan campante!

Rolf Fink, un tipo emocional en su gordura, desconectó el encendido y puso el freno de mano antes de salir del coche, con una sarta de insultos sustituyendo a la canción que entonaba momentos antes.

El perro estaba quieto, sentado sobre sus cuartos traseros y con una actitud que al hombre se le antojó hasta desafiante.

Y se acercó dispuesto a que el can pagase su atrevimiento recibiendo

una buena patada.

—¿Qué amigo? Estarás tan contento, ¿verdad?

Les separaba una distancia de apenas dos metros.

Y pese a la oscuridad cada vez más profunda, pese a su confianza, Rolf Fink no se acercó ni por supuesto agredió al perro como era su propósito.

¡Aquel animal!

Era un foxterrier negro, lanudo, con los ojos muy redondos...

Con los ojos rojos y la lengua asomada entre los dientes en un jadeo leve, pero inquieto.

Rolf Fink se agachó y cruzó los brazos con gesto paciente.

—¿Quieres venirte conmigo de juerga?

Ni un ladrido.

Solo quietud.

Y el jadeo.

—No me gusta nada tu aspecto, amiguito...

Los ojos rojos, la lengua larga y roja...

Rolf Fink se incorporó algo alarmado por la sorprendente actitud del animal y decidió retirarse hacia el coche para proseguir su camino y olvidar el simple incidente.

Y al volverse, al mirar hacia donde había quedado el coche, ligeramente desviado a la derecha de la carretera, muy cerca del chopo, descubrió con sorpresa que había más perros.

Tres lobos alsacianos se habían situado junto al automóvil, dos mastines olisqueaban las ruedas, otro par de canes cuya raza desconocía merodeaban en torno al escuálido árbol...

Cayeron algunas gotas de lluvia que ensombrecieron por momentos la poca luminosidad de la carretera y el lamento del viento entre las ramas se hizo más penetrante, más hostil...

—¡Vaya!

Todos tenían los ojos rojos, todos jadeaban...

¡Como si fuese una pesadilla!

¡Un sueño!

Rolf Fink se humedeció los labios al percatarse, con cierto atisbo de pavor, que, al otro lado de la carretera, olisqueando el suelo y venteando en el aire, surgía otro grupo de canes.

Diez más, tal vez quince...

Se restregó los ojos con ambos puños, retrocedió, estando a punto de pisar al perro que se le había atravesado en su camino, e hizo esfuerzos vanos para despertarse de lo que se le antojaba una maquiavélica pesadilla sin sentido.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Largaos de aquí!

Un gruñido.

Varios gruñidos amenazadores.

—¿Qué hacéis? ¿Qué os pasa?

Las palabras eran torpes, atemorizadas.

Y ninguno de los numerosos animales agrupados de forma tan extraña hizo el menor movimiento de retroceso ante los aspavientos y los gritos del hombre.

Y todos, poco a poco, sin separarse mucho, fueron rodeándole y estrechando el cerco.

Rolf Fink, al límite de su capacidad de aguante, francamente asustado y sudando copiosamente pese a la baja temperatura reinante, se humedeció los labios y miró con desesperación hacia el coche.

Algo le impedía correr.

Unas ligaduras invisibles que nacían del miedo, del pánico indescriptible que le dominaba.

—¡No os acerquéis! ¡No os acerquéis! ¡Malditos perros!

Un mastín y un lobo alsaciano de lomo negro y fuerte corpulencia, encabezando el grupo, mostraron sus dientes y pusieron de relieve su agresiva animosidad.

Los dos animales se abalanzaron contra el hombre.

Una dentellada, otra...

Y una barahúnda de ladridos, de jadeos, que el viento impulsaba más allá de la carretera, hacia la noche, hacia la campiña desierta...

—¡Dejadme! ¡Dejadme!

Ladridos, ladridos, ladridos...

Rolf Fink repelió el súbito ataque como pudo, soltando patadas a diestro y siniestro y pretendiendo acercarse al coche.

Algunas mordeduras le desgarraron la ropa y se hundieron en su carne, y uno de los perros consiguió alcanzarle en un brazo...

Cayó al suelo y se levantó a impulsos de horror que sentía, notando la mejilla derecha atravesada por una mordedura brusca y cruel que le hizo chillar de dolor.

A duras penas, palpándose las heridas que principalmente afectaban a sus piernas, Rolf Fink consiguió por fin su propósito de penetrar en el automóvil para protegerse del inesperado y cruento ataque.

Con lágrimas en los ojos, sin apartar la mirada de los perros que saltaban a su alrededor mostrando sus lenguas largas y rojas y sus afilados colmillos, pudo poner el vehículo en marcha mientras un instinto asesino de represalias desfiguraba, por algunos segundos su expresión bonachona de burgués amante del dinero y la vida cómoda.

Ahora podía matar, lanzar el automóvil contra los perros...

Introdujo la primera velocidad, soltando el embrague con toda la rapidez que pudo y acelerando después a fondo hasta conseguir que el motor se quejase del esfuerzo.

Rolf Fink, con las manos agarrotadas en el volante, se dio cuenta de

que ya no quedaba sobre la carretera oscura otra cosa que no fuese la noche y el silencio que rompía el viento.

CAPÍTULO I

EUGEN?

—¿Sí?

Eugen Leuwen, dejó sobre sus rodillas el libro que estaba leyendo y mostró una sonrisa al contemplar el rostro adormilado de su esposa.

—Me he dormido.

—Sin lugar a dudas, querida.

Los cristales del vagón estaban empañados y se presentía el frío desnudo de los campos que el tren surcaba a buena velocidad.

—¿Qué hora es?

—Las seis. Dentro de una hora, si no llevamos retraso, estaremos en Deggendorf.

Hedda Wiechart respiró hondo y respondió a la sonrisa de su marido con una ligera turbación.

—No debí dormirme de esta manera tan tonta...

—¿Tú crees?

—Solo hace dos días que nos hemos casado.

Eugen Leuwen cerró el libro y estiró las piernas para desentumecer los músculos.

A través de la ventanilla, después de limpiar el vaho adherido a los cristales, desfilaba un paisaje de formas tristes.

El sol aparecía despanzurrado sobre unos bosques lejanos, la tierra era gris, mordida en sus entrañas por la fría temperatura del mes de febrero, y las pocas huellas de vegetación, algunos olmos solitarios y retorcidos, mostraban manchas blancas de escarcha.

Atrás, representadas por sucias y despobladas estaciones de ferrocarril, habían quedado ciudades como Walhalla, Straubing, Ratisbona, con los andenes cubiertos de nieve negra y grandes relojes de esferas amarillas que daban la impresión de estar detenidos en el tiempo.

—¿En qué piensas?

A Hedda Wiechart no le gustaba el silencio de su esposo. Y mucho menos cuando sus ojos claros y profundos de relieve ponían el más mínimo asomo de inquietud.

—En nada.

—No se puede estar pensando en nada, Eugen.

—¿Estás segura?

—Tú sabes que sí.

Hedda Wiechart era joven o al menos aparentaba edad inferior a los veinte años.

De estatura media, delgada y poco relevante en sus formas femeninas, daba la impresión de ser una niña en los primeros pasos hacia la condición de mujer.

Sus facciones eran suaves, su cutis transparente y su verdadera belleza, reflejo a su vez de la personalidad, nacía de una mirada inquieta y pueril, color miel, que se plasmaba en sus grandes ojos.

—¿No ha entrado nadie en el vagón?

—Mientras tú dormías, no —replicó Eugen Leuwen, conociendo de antemano el motivo que preocupaba a su esposa—. Nadie te ha visto en tu primera infidelidad.

—¿Qué?

—¿Vas a negar que te has entregado en brazos de Morfeo?

—¡Eugen!

Eugen Leuwen se echó a reír y apretó el cuerpo cálido de su esposa, poniendo de manifiesto con aquel simple gesto de protección que estaba profundamente enamorado.

Y se quedaron callados, con las cabezas juntas, confundiendo sus respiraciones...

Grandes y panzudas nubes le robaban al sol el color rojizo de su muerte y sobre el paisaje caían las primeras sombras de la noche.

Hedda Wiechart se estremeció sin querer.

—Me da miedo esta tierra...

—¿Miedo?

—Es muy gris, muy solitaria...

—Eso tendrás que decírselo a Martin cuando lleguemos. Estoy seguro que no le va a hacer ninguna gracia.

—Me callaré entonces.

—Yo le diré lo que piensas. Poner en tela de juicio la belleza de los alrededores de los bosques de Bohemia es para él una especie de sacrilegio.

—Me odiará.

—¿Quién? —preguntó, sorprendido—. ¿Martin?

—Claro.

—No le conoces. Martin Harstein, es incapaz de aborrecer a nadie.

Hedda Wiechart se apoyó en el respaldo del asiento y se encogió. Luego, con una sonrisa que hablaba de su condición de mujer, con voz templada, preguntó:

—¿Me quieres?

—¡No!
—¡Demuéstramelo!
—Puede vernos alguien...
—¿Quién?
—El revisor, cualquier viajero...
—¡Demuéstramelo! —repitió con voz melosa.
Eugen Leuwen volvió a sonreír, inclinándose hacia adelante.
Se besaron.
—Ya no me da miedo esta tierra, Eugen...

* * *

La estación de Deggendorf, como otras anteriores, era un recinto con olor a carbonilla, oscuro y de aspecto descuidado dado.

Y en el andén, bajo la noche, el frío era intenso.

Con las maletas en la mano, sin separarse de Hedda, Eugen Leuwen miró en torno suyo con ansiedad.

Algunas personas, muy embozadas para soportar la gélida temperatura reinante, golpeando con los zapatos en el suelo embaldosado para combatir el frío que mordía los pies, escudriñaban los vagones.

—¿No está?

—No le veo...

Martin Harstein, alto, un poco grueso, con una franca sonrisa en sus labios, surgió ante la pareja apenas un par de minutos después de que el tren se hubiese detenido.

—¡Eugen!

—¡Ahí está!

—¿Cómo estás?

—¡Ya ves!

—¿Tu esposa, supongo?

Hedda Wiechart entornó los ojos y agachó ligeramente la cabeza.

—¡Hedda! ¡Este es Martin Harstein!

—No me engañaste. ¡Es muy bonita!

Se estrecharon la mano con rapidez y Martin se hizo cargo de las maletas inmediatamente.

—¡Deja que te ayude!

—¡Ni lo pienses! —atajó Martin Harstein, con brusquedad—. Un hombre que vive en el campo siempre tiene más energías que un ciudadano de Núremberg.

Caminaron a lo largo del andén buscando los accesos de salida.

—No has cambiado mucho, Eugen. Tres años no te han hecho mella.

—Tú estás más gordo, ¿no?

—Un poco.

Hablaban con sencillez, sonriendo.

El tren lanzó un prolongado silbido, resopló como un monstruo cansado y en cuestión de segundos el andén se vio invadido por oleadas de vapor.

Una vez fuera de la estación, Martin Harstein depositó las maletas en el suelo sucio de escarcha negra, junto a un coche bastante viejo.

—He alquilado este trasto para poderos llevar hasta casa. Y os tengo preparada una gran cena en la taberna de Böhler.

—¿No cenamos aquí?

—¿En Deggendorf? ¡Puedo asegurarte que no merece la pena!

—Como quieras.

—Con un poco de suerte tardaremos menos de un par de horas.

—¿Hay buena carretera?

—No está mal.

Martin Harstein se situó al volante del vehículo mientras Eugen y su esposa ocupaban la parte posterior.

—¿Estáis cómodos?

—No te preocupes por nosotros.

—Soy vuestro anfitrión y debo hacer todo cuanto esté en mis manos para que os llevéis un buen recuerdo de aquí.

Eugen Leuwen se apoyó en el respaldo del asiento y pudo distinguir el rostro de su antiguo compañero de Universidad reflejado en el espejo retrovisor.

Cara ancha, la piel rojiza, sus grandes ojos empequeñecidos bajo los cristales de unas gafas que ponían de relieve una fuerte miopía, el pelo pajizo...

—¿Qué haces en la celda?

—Ya hablaremos de eso y de algunas otras cosas más, doctor Leuwen.

—Debiste terminar la carrera, Martin.

—¡No sientas lástima por mí!

El motor arrancó con torpeza y el coche se puso en marcha lentamente.

Lloviznaba con suavidad y el limpiaparabrisas se puso en marcha con su vaivén rítmico y adormecedor.

Y la noche se cubría de lluvia y se despejaba a cada segundo dentro de la perspectiva que ofrecía desde el interior del automóvil.

Gotas de lluvia, oscuridad, gotas de lluvia...

Y barriéndolo todo, con una claridad amarillenta, los focos resbalando sobre el asfalto húmedo y negro.

—Antes de las nueve y media estaremos en la taberna de Böhler. Una buena cena, otro pequeño paseo en coche hasta casa y luego a dormir. ¿No estáis cansados?

—Solo un poco.

Martin Harstein conducía con sobriedad, un poco inclinado hacia adelante con el objetivo probable de compensar su imperfecta visión con

una mayor atención.

—No sabes la alegría que me diste al anunciarme que pensabais venir. ¡Estaba deseando verte, Eugen!

—Yo también.

—Siempre es bueno recordar tiempos pasados ¿no crees? —comentó con satisfacción.

—Desde luego.

—De todas formas espero no robarte mucho tiempo teniendo en cuenta vuestras circunstancias...

Hedda Wiechart enrojeció y apoyó la cabeza en el hombro de su marido.

—Ya se ocupará Hedda de que no lo hagas, Martin.

El coche se deslizaba con rapidez, runruneando con ensordecedor sonido procedente de su viejo y anquilosado motor.

A ambos lados de la carretera se dibujaban rápidas y veloces las formas retorcidas y extrañas de algunos árboles.

Como sombras de un sueño macabro.

Como seres hieráticos, condenados para siempre a una actitud contemplativa y morbosa.

—¿Te encuentras bien, Hedda?

—Sí...

—Estás helada.

Martin Harstein renegó entre dientes.

—No me funciona la calefacción.

* * *

La cerveza, espumosa y dorada como el trigo, rebosaba en las jarras y el ambiente de la taberna era acogedor.

Olía a ajos, a especias...

Y los hombres, en su mayoría recios trabajadores de los campos, ponían a prueba su sana virilidad entre grandes risotadas que denotaban nobleza y honradez.

Todo estaba lleno de humo y desde la cocina llegaba un agradable tufillo y viandas caseras especialmente preparadas.

—¿Tenéis hambre?

—Más que un león —respondió Eugen Leuwen.

—Vais a quedar satisfechos. Os lo aseguro.

Eugen Leuwen apretó la mano de Hedda y luego reclinó los codos en la mesa tras deleitarse en sorber un buen trago de cerveza.

—¡Vaya con Martin Harstein! ¡Todavía no he podido imaginarte convertido en un recio labrador de tus tierras!

—Hay que amoldarse a las circunstancias, Eugen. ¡No queda otro

remedio!

—Debiste intentarlo...

—Mi madre murió y mi padre se encuentra imposibilitado físicamente. Alguien tenía que encargarse de todo y tuve que sacrificar mi vocación.

—Hubieses sido un gran médico.

—Casi lo soy, Eugen. En el pueblo hay mucha gente que recurre a mis consejos cuando se sienten enfermos.

—¿Nos haces la competencia?

Se rieron.

—¿Leíste el libro que te envié?

Martin Harstein asintió con la cabeza.

—Sí. Y te lo agradezco mucho, Eugen. Por estas latitudes no es fácil encontrar esos temas.

Eugen Leuwen se dirigió a su esposa.

—Ahí donde le ves, con toda su pinta de hombrón afincado a la tierra, es un experto en arqueología y tiene tres años cursados en medicina. ¡Cualquiera que te viese, sin conocerte, no lo diría, Martin!

—Lo supongo.

—¿Puedes adelantarme algo con respecto a esa sorpresa que me tienes reservada?

—¡No!

—¡Vamos, hombre! ¡No me tengas sobre ascuas!

—¡La cena está llegando!

Max Böhler, patizambo y arrugado, rubio platino, se inclinó sobre la mesa para colocar los cubiertos.

—¿Qué tal, Max?

—Tirando.

—Estos son los amigos de que te hablé y espero que tu esposa haya hecho honor a su visita.

—Nora se ha esmerado al máximo.

—Son Eugen Leuwen y su esposa Hedda. Pasarán unos días en mi casa.

—Me alegro de conocerles.

Eugen Leuwen estrechó la mano del dueño de la taberna, una mano sarmentosa y gruesa, y Hedda por su parte, se limitó a sonreír con gesto agradable.

Max Böhler mostraba el entrecejo arrugado.

—¿Alguna novedad importante?

—No...

—¿De veras?

—¡Bah! ¡Ya sabes! ¡Cosas sin importancia!

Martin Harstein impulsó hacia adelante el labio inferior y sus ojos se hicieron todavía más pequeños y brillantes tras los cristales de sus gafas.

—¿Por qué no me dices la verdad, Max? Te advierto que estos amigos

son de confianza.

El tabernero enarcó las cejas y llenó las jarras de cerveza.

—Schuld ha regresado hace apenas un par de horas. Tuvo que hacer un viaje repentino hasta Passau...

—¿Y bien?

—¡También los ha visto! ¡Por docenas, Martin! ¡Por docenas!

Eugen Leuwen parpadeó confundido al no captar el tema sobre el que dialogaban ambos hombres.

—¿Algo especial?

Martin Harstein dio la impresión de querer soslayar el tema.

—Pon la cena, Max.

Volvieron a quedarse solos en torno a la mesa.

—¿No vas a decirme de qué se trata?

—Pensarás que es una tontería.

—¿Por qué?

Hubo una pausa que Martin Harstein aprovechó para sacar un pañuelo del bolsillo con el objetivo de limpiarse las gafas. Sus ojos, tristes, con esa tristeza tan concreta de los miopes, al agrandarse le hicieron cambiar de aspecto físico.

—Han ocurrido algunas cosas raras en la región en estos últimos días. Yo no he visto nada de particular, pero...

—Siempre has tenido la virtud de saber intrigar, Martin.

—No pienso hacerlo en esta ocasión, aunque en mi opinión todo resulta un poco absurdo.

—¿Vas a empezar?

—Todo comenzó hace unos siete u ocho días. Un granjero de los alrededores vino contando a la taberna que había visto cerca de su casa por lo menos una partida de veinte o treinta perros agrupados.

—¿Treinta perros?

—Más o menos, pero como puedes suponer no le dimos la menor importancia al suceso. Es un acontecimiento hasta cierto punto raro, pero sin mayor trascendencia.

Eugen Leuwen se apoyó en la mesa con gesto entre divertido y decepcionado.

—Realmente es una novedad, pero supongo que habrá algo más interesante, ¿no?

Martin Harstein apuró media jarra de cerveza de un solo trago y luego se metió en la boca un buen pedazo de pan mientras miraba hacia la cocina.

—Sí, claro.

—¿Se puede saber qué demonios hacían tantos perros juntos?

—Lo ignoramos, pero el caso es que tres días después llegó un viajante procedente de Platlling. En la carretera que va hacia Deggendorf, a unos

cuarenta kilómetros de aquí, varios perros le asaltaron y se mostraron agresivos.

—¿Agresivos?

—Rolf Fink, el viajante de que te hablo, está internado en un Hospital de Deggen Dorf, sometido a observación como puedes suponer. Tenía las piernas destrozadas a mordiscos...

—¡Vaya! ¡Eso sí es más alarmante!

—El grupo o los grupos, porque puede darse la circunstancia de que sean varios, han sido vistos también en otras localidades cercanas e incluso debe haber perros cerca de la frontera a juzgar por las palabras de Max.

Eugen Leuwen sintió la mano menuda y templada de Hedda sobre su brazo derecho.

—¿Ya estás inquieta?

Hedda Wiechart bajó los ojos al entender la pregunta de su marido como un reproche.

—No tienes nada que temer, Hedda —intervino Martin Harstein en tono conciliador—. Las autoridades ya están avisadas y por tanto efectuándose las indagaciones necesarias.

—No deja de resultar curioso. Ver tres o cuatro perros es normal, pero tantos en grupo...

—Todo tiene una explicación y supongo que este caso tan curioso también la tendrá.

—¿No han atacado a nadie más?

—Que se sepa en la aldea, no.

Eugen Leuwen dio un respingo denotando los primeros síntomas de cansancio después del viaje.

Cenaron entre risas, olvidando el singular episodio y recordando sus tiempos todavía cercanos de estudiantes...

Y una hora después, satisfechos y animados por la cena, salieron a la calle.

El coche estaba situado junto a la acera opuesta y tuvieron que cruzar sobre el barro acumulado en la calzada.

—¿No piensa parar de llover?

Martin Harstein soltó una risotada.

Y de lejos, de la noche oscura y fría, le respondió el ladrido de un perro.

CAPÍTULO 2

EL camino era angosto y las paredes de piedra estaban recubiertas de musgo.

—¿No nos habremos extraviado?

Eugen Leuwen negó con la cabeza y estrechó con más fuerza la mano de su mujer.

—Tengo un perfecto sentido de la orientación, Hedda.

—Antes no hemos pasado por aquí...

—No.

Le agradaba preocuparla para que se pusiese de manifiesto su espíritu pueril y fácilmente impresionable.

De aquella forma, asustándola un poco, Hedda Wiechart reflejaba en todo su alcance su verdadero carácter propenso a maquinaciones fantásticas y necesitado de protección.

—¡Quieres asustarme!

—¡No seas boba! La casa de Martin está a la vuelta de aquel recodo.

—Se va a hacer de noche...

Habían dado un paseo.

Un largo y tranquilo paseo mientras caía la tarde y Martin Harstein se ocupaba de su normal actividad laboral en los campos que circundaban la casa.

Diez minutos después doblaban el recodo del agreste sendero.

—¿Te convences?

Hedda Wiechart enfurruñó el gesto, como un niño reprendido en una mala acción, pero no pudo evitar un largo suspiro de alivio al ver la casa en que se alojaban desde el día anterior.

Se trataba de un caserón antiguo, construido con argamasa y bloques de granito, que presentaba un aspecto sólido, aunque húmedo.

Las paredes estaban cubiertas en su mayor parte por enredaderas, había algunos decrepitos árboles frutales y dos parras formaban un enramado que cubría la entrada.

Se respiraba sosiego, calma...

Un lugar apartado, un rincón tranquilo, lejos del bullicio desordenado

de las ciudades...

A Eugen Leuwen, acostumbrado a la vida ajetreada e intensa de Núremberg, le encantaba la propiedad y la libertad sin horas ni tiempo que disfrutaba en aquellos parajes.

—Daría diez años de mi vida por vivir en un lugar así...

—¿Tanto piensas vivir?

Caminaron juntos, cogidos de la mano, riendo...

La tarde estaba nublada, sin huella de sol, y con las sombras se recrudecía el frío.

Dentro de la casa, sentado en un sillón de ruedas, con una manta que cubría sus paralizadas piernas, Hans Harstein les recibió con su cordialidad acostumbrada.

—Estoy seguro que necesitáis una buena taza de café e incluso una copa de brandy.

—¡No vendrá mal! —comentó Eugen Leuwen, acercándose al fuego que ardía en una chimenea.

—Remueve el fuego con el badil y echa un par de troncos más.

—Sí, señor Harstein.

—Martin no ha llegado todavía, pero no creo que tarde mucho.

—No se preocupe por nosotros. Lo estamos pasando estupendamente.

Hans Harstein era un hombre corpulento, de piel colorada y ojos muy claros. Su aspecto físico denotaba salud y ni siquiera el sillón que le tenía sujeto de por vida influía negativamente en tal impresión.

Había quedado parálítico dos o tres años atrás como consecuencia de una hernia discal que había arrastrado desde joven sin dar importancia a su dolencia.

Un par de operaciones no habían servido de mucho y finalmente había quedado imposibilitado para inclinar la cerviz en los campos de su propiedad, más por su propia terquedad de quitar importancia a los dolores que había sentido de siempre que por la trascendencia de su enfermedad.

—Debéis abrigaros bien. Por aquí hace bastante frío.

Se movía dentro de los límites del amplio salón con gran facilidad de maniobra e incluso preparó el café y tres copas de coñac.

—Esto os animará.

Eugen Leuwen se frotó las manos junto al fuego y admiró por enésima vez la dos fabulosas cabezas de jabalíes que adornaban las paredes del salón.

—Fueron dos buenos ejemplares, ¿eh?

—Fantásticos. Uno de ellos, el de la izquierda, me dio un buen revolcón antes de morir. Esos bichos son peligrosos si no se les conoce.

—¿Dónde los cazó?

—En los bosques. No abundan mucho, pero a veces se tiene suerte.

Espero que Martin pueda llevaros a conocer los bosques de esta parte de Bohemia. Merecen la pena.

—Iremos, señor Harstein.

—Son algo digno de admirar. Yo pasé gran parte de mi juventud allí y no recuerdo haber visto nada igual. Frondosos y oscuros, tenebrosos y bellos...

—¿No le gustaría volver a andar?

—Por supuesto, hijo...

—En Núremberg conozco a buenos traumatólogos y cirujanos.

—Ya no merece la pena. A esta edad no tengo las facultades precisas para doblegar a un jabalí como ese ni muchos deseos de volver a trabajar en los sembrados. Aunque os pueda parecer mentira, estoy cómodo en este sillón de ruedas.

Era una conversación rápida y sincera.

Hasta alegre como el fuego que crepitaba tomando fuerza en la chimenea.

Eugen Leuwen bebió el café con avidez y luego paladeó más lentamente el coñac.

La noche estaba ya sobre el angosto camino, sobre los sembrados, sobre la casa...

Media hora después, cubierto de sudor y manchado de tierra, con una sonrisa cansada en sus labios, apareció Martin Harstein canturreando una canción entre dientes.

—¿Cómo se encuentra hoy la pareja?

Hablaba con cierta brusquedad y sus modales no eran refinados.

—Hemos estado dando un paseo —comentó Eugen.

—Una forma como otra cualquiera de estar perdiendo el tiempo. ¿Es que no tenéis otra cosa mejor que hacer que andar caminando por esos andurriales?

Hans Harstein se echó a reír suavemente, captando la ironía que nacía en las palabras de su hijo, y moviendo la cabeza en ademán de disculpa.

Eugen Leuwen se golpeó los muslos y se percató de inmediato de la turbación natural que acongojaba a Hedda.

—Hay tiempo de nacer y tiempo de morir, tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado...

—Tiempo de herir y tiempo de curar, tiempo de destruir y tiempo de edificar —continuó Martin Harstein, sentándose con gesto cansado, sin haberse lavado—. El Eclesiastés es uno de los mejores libros de La Biblia, Eugen.

—Es posible.

—De haber sabido que pensabais caminar os hubiese llevado conmigo a los sembrados.

—Preferimos estar solos con la naturaleza, Martin...

—¡Ajá! ¡Voy a lavarme y vuelvo enseguida! Tengo algo que proponeros, si tienes tiempo de escucharme, Eugen...

Diez minutos después, aseado y sonriente, Martin Harstein tomó asiento junto al fuego, para llenar de tabaco la cazoleta de su vieja pipa y encenderla con ávidas chupadas.

—Tú dirás, Martin.

—Supongo que mi padre os habrá hablado ya de las maravillas que encierran los bosques de esta región, ¿no es así?

—Algo de eso hay —confirmó Eugen Leuwen.

—Tengo buenos amigos desperdigados por los bosques que estarán encantados de brindarnos su hospitalidad. Solo es necesario que tengáis los ánimos suficientes para poneros otra vez en camino.

—¿No creará problemas que dejes tu trabajo abandonado?

—Por supuesto que no. Además, solo estaremos fuera tres o cuatro días como máximo.

Eugen Leuwen enarcó las cejas y miró a su joven esposa.

—¿Te atreves, Hedda?

—Si tú quieres...

Hans Harstein había permanecido en silencio escuchando la conversación, pero su rostro de líneas sencillas había cambiado de expresión para dejar paso a una huella de preocupación.

—La casa de Hammet es un magnífico lugar...

Martin Harstein escuchó el comentario de su padre con una sonrisa benigna.

—Cualquier lugar es bueno, padre —replicó, dando un suspiro—. Y, además, creo que a Eugen le gustará conocer a Tadeo Knutzen. Quiero que vea allí unas cuantas cosas que le tengo reservadas como sorpresa.

—Hammet cuenta con buenos «sabuesos» para la caza y si a tu amigo le gusta...

—En los tiempos en que estudiábamos juntos, Eugen y yo compartíamos muchos puntos de vista, padre. Y puedo asegurarte que la caza no era uno de ellos.

Eugen Leuwen, un poco desorientado por el diálogo entablado, trató de suavizar las pequeñas diferencias de criterio que se apreciaban entre padre e hijo.

—Yo no he participado nunca en una cacería, pero si es necesario hacerlo...

—A Eugen le apasionaba la arqueología tanto o más que a mí, padre. Y supongo que sus gustos no habrán cambiado, ¿verdad?

—En Núremberg no existen muchas posibilidades de satisfacer los gustos o «hobbies» personales, pero lo que dice su hijo es cierto, señor Harstein. Especialmente la antropología es una de mis debilidades.

—Además, estoy seguro de que al señor Knutzen le agraderá que le

visitemos.

Se produjo un silencio.

Un paréntesis en el diálogo que Hedda, de forma perspicaz e intuitiva, aprovechó para intentar aclarar las causas que podían motivar la disparidad de criterios.

—¿Tiene usted algo en contra del anfitrión que nos propone su hijo, señor Harstein?

Hans Harstein encajó la pregunta con cierta sorpresa.

—No, no...

—Mi padre es uno de los hombres más ancestrales de esta región —apuntó Martin Harstein, sin cesar de sonreír—. Y se da la circunstancia de que Tadeo Knutzen es lo que se dice un «bicho raro», que tiene una definición mucho más sencilla. Se trata, simple y llanamente, de un hombre aficionado a las ciencias, en especial a la arqueología, y en estas latitudes no se comprende bien a un hombre que pierde el tiempo excavando en colinas, o metiéndose en grutas desconocidas. Aquí, en esta parte de Bohemia, los espíritus son claros como la luz del día y la única pasión aceptable para reputar bien a un vecino es dedicarse a la caza día y noche.

Eugen Leuwen terminó su copa de coñac con una expresión comprensiva para las palabras de su amigo.

—Por mi parte estoy dispuesto. Tengo la impresión de que la sorpresa que me reservas bien merece un nuevo viaje... ¿no es así?

—No te sentirás decepcionado, Eugen.

—¿No puedes decirme todavía de qué se trata?

—Prefiero que lo veas cuando estemos allí. Te vas a quedar boquiabierto, amigo.

—Procura no decepcionarme. Estás dando tanta importancia al caso que no...

Hans Harstein movió su sillón de ruedas con rapidez para acercarse a la ventana, interrumpiendo con su brusca acción la frase de Eugen Leuwen.

—¿Ocurre algo, padre?

Hans Harstein permaneció unos segundos en actitud reflexiva. Luego contestó:

—No. Me ha parecido oír ladrar al perro...

—¿Poseidón?

—Sí, claro.

—¿Quieres que vaya a ver?

—¡No, no! Ha debido ser una impresión mía sin fundamento.

Martin Harstein aceptó la disculpa de su padre, para encender de nuevo la pipa que se le había apagado.

—¿Está muy lejos la casa de nuestro futuro anfitrión?

—A unos treinta kilómetros de aquí.

—¿Algún medio de locomoción?

—Hay un autocar de línea cada tres días, que nos dejará muy cerca. Luego solo es cuestión de caminar media hora por un paisaje encantador. Estoy seguro de que a Hedda le gustará la región. Es propicia para enamorados y mucho más en esta época del año. Bosques melancólicos, valles de ensueño...

—Me da la impresión de que tienes una idea completamente desfigurada del amor de nuestros días, Martin —se atrevió a insinuar Hedda, superando su propia timidez.

—¡Vaya! ¡Esto sí que es una sorpresa!

Un ladrido.

Otro más fuerte.

Martin Harstein dejó la pipa sobre la repisa superior de la chimenea y se acercó a la ventana.

Sus ojos se achicaron aún más tras los gruesos cristales de sus gafas al intentar escudriñar entre las sombras compactas de la noche.

—¡Qué extraño!

—¿Te resulta raro que un perro ladre? —preguntó Eugen Leuwen, algo perplejo por el comentario de su amigo.

—No es eso —respondió Martin—. Lo que me extraña es su forma de hacerlo. Si hubiese alguien por los alrededores ladraría con más fuerza y brío...

Hans Harstein le apremió:

—¿Por qué no sales a ver qué ocurre?

—Sí, claro.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Eugen.

—Como quieras.

Salieron juntos, tras abrigarse de forma conveniente.

La noche era fría y cerrada y sobre el suelo y los tejados destacaba ya un manto de escarcha blanca.

Los ladridos volvieron a producirse mientras Martin y Eugen avanzaban hacia el granero.

En un rincón, sujeto mediante un collar y una fuerte cadena, un perro alsaciano, de pelaje negro y puntiagudas orejas, se movía inquieto dentro de sus reducidos límites de acción.

—¿Qué ocurre, Poseidón?

Eugen Leuwen agarró por el brazo a su amigo.

—¡No le toques, Martin!

Martin Harstein le miró con gesto extrañado.

—¿Qué te pasa, Eugen?

—A ese perro le ocurre algo raro.

—¿Raro? —sonrió Martin Harstein, iluminando al perro con una linterna—. Poseidón lleva tres años con nosotros y lo criamos desde que

era un cachorrillo.

El animal había cesado de ladrar y permanecía encogido junto a su caseta.

—Le brillan demasiado los ojos, jadea...

—¡Vamos, Eugen! ¡No le pasa absolutamente nada! ¡Algo ha debido asustarle y eso es todo!

—¡Yo no lo tocaría!

Martin Harstein se encogió de hombros.

—Por las noches queda suelto siempre. Así que...

—¿Qué pudo haberle asustado de esa forma? ¡Está temblando!

—Cualquier alimaña. Estos perros son inteligentes y fuertes, pero a veces se asustan de cualquier tontería. Una simple rata puede hacerles correr despavoridos...

—¿Tú crees?

—Tranquilízate, Eugen. Me da la impresión de que estás recordando tu llegada a la aldea. Aquí, que yo sepa, no hay ningún grupo de perros...

Eugen Leuwen asintió con la cabeza, pero sin estar convencido. No es que fuese un experto en perros, pero estaba casi seguro de que la actitud de aquel animal tenía algo singular y estremecedor.

Martin Harstein soltó la cadena.

Y de pronto con un ladrido pavoroso, el perro soltó una dentellada rápida y se alejó corriendo a través de la noche.

—¿Te ha mordido?

—No es nada.

—¡Déjame ver!

Eugen Leuwen alcanzó la linterna e iluminó la mano de Martin Harstein.

Junto al nacimiento del dedo pulgar se apreciaba una huella de sangre.

Una mordedura roja y profunda.

Los dos amigos se miraron inquietos.

—Debiste hacerme caso, Martin. La actitud de ese animal no era nada normal.

—¡No lo entiendo!

—Volvamos a la casa.

—Ha tenido que ocurrirle algo para que reaccionase así.

—¿No te acuerdas de sus ladridos?

—¿Qué?

—Eran como lamentos, como un sollozo humano... recuérdalo Martin.

Martin Harstein no era nada impresionable, pero las palabras de su amigo, poniendo de relieve una verdad extraña, le produjeron un largo escalofrío.

CAPÍTULO 3

ERA la noche elegida.

Negra como la boca de un lobo, sin luna, con el viento muerto...

—¿Abías?

—Sí.

—¿Rubén?

—Estoy dispuesto.

A cada nombre que pronunciaba contestaba una voz sigilosa en la que se advertía un temblor de esperanza y miedo.

—¿Ajab?

—Sí.

Hacía un frío que mordía la carne y todos los alrededores del campo estaban cubiertos de nieve, pero era la noche esperada y ninguno estábamos dispuestos a retroceder.

Daba lo mismo morir allí, en cualquier rincón de la planicie helada y acuchillada por la presencia de los lobos hambrientos, que ser conducidos un día u otro, de forma inexorable, a una enorme cámara de gas, o delante de un pelotón de hombres uniformados y fusiles que no tendrían piedad.

A mi lado, aunque no le escuchaba, oía el rumor que nacía de la boca crispada de Esrom, contando los segundos que transcurrían.

Ya se había efectuado el cambio de guardia y desde las torretas situadas en torno al campo brotaban los reflejos alargados de los focos que barrían la nieve, como si se tratase de un enorme chorro de pus y sangre.

Pasaron un par de minutos, quizá tres, mientras aguardábamos con los nervios a flor de piel, frotando con desesperación las manos para que los dedos reaccionasen.

Otra vez el foco...

Y luego el leve resplandor blanco que nacía de la tierra y que brillaba como si fuese luz propia para convertirse en un serio enemigo de nuestros propósitos.

La nieve, pese a la oscuridad reinante, era un espejo pulcro en el que se reflejaría con excesiva claridad la forma humana de un cuerpo o de cualquier objeto.

—¡Ya!

Había sido la voz juvenil y caliente de Esrom.

Un simple y comedido «ya» que nos lanzaba casi seguro, pero también en busca de la única probabilidad de supervivencia que teníamos, camino de una ansiada libertad perdida...

Y cualquier lugar es bueno para poder morir, cualquier lugar.

Durante varias noches habíamos calculado sin la ayuda de un reloj, los segundos que transcurrían desde que la luz del foco más cercano barría nuestra situación, procurando sincronizar hábilmente tal circunstancia, con los rígidos paseos que los centinelas daban sin cesar a lo largo de las alambradas.

Y teníamos dieciocho segundos exactos, fracción más o menos, para deslizarnos dentro del campo, cortar los espinos de alambre que nos rodeaban y correr a través de la nieve.

Luego todo sería cuestión de suerte, un problema de azar...

La suerte de cada uno de nosotros.

Nos movimos con rapidez, gateando entre los montículos que la nieve había ido formando, respirando entre dientes y procurando incluso que el vaho caliente que brotaba de nuestras bocas no fuese un signo delator.

La nieve era un enemigo que reflejaría fácilmente nuestras huellas, las luces buscarían nuestros cuerpos, los centinelas no descuidaban un segundo sus obligaciones y por si tantas contrariedades eran pocas existía el gran problema de los perros que olisqueaban a diestro y siniestro, para captar cualquier anomalía.

Y luego, para culminar todos los numerosos obstáculos, estaban las metálicas y silenciosas ametralladoras, colocadas en las torretas de vigilancia.

Ya habíamos escuchado su voz alguna noche.

Una voz que tartamudeaba fuego y nos traía después el alarido de un hombre acribillado sobre la nieve.

Rubén hizo uso de las tenazas con su habilidad característica y cruzamos la alambrada con angustia, desgarrándonos las ropas en las agudas puntas de hierro oxidado, pero mordiendo el dolor para no producir el menor ruido que pudiese delatarnos prematuramente.

Cruzó Esrom.

Y luego Abías, Ajab...

Cuando seguí a mis compañeros de cautiverio, habían pasado algo más de diez segundos.

Y quedaban menos, muchos menos, para que el foco descubriese nuestra fuga, aunque también cabía la posibilidad de una pasada en falso sin captar la alambrada destruida.

Pero era una posibilidad incierta, solo una posibilidad...

Cuando vi surgir el resplandor de la luz, apenas nos habíamos separado

treinta metros del límite de erizadas púas y todos nos tumbamos, como un solo hombre, rezando entre dientes, jurando de miedo...

La luz pasó rozándonos, iluminó la alambrada, pero siguió su trayectoria circular.

Volvería a estar sobre el lugar en cuestión de segundos y por otra parte captamos con facilidad las pisadas del centinela más cercano, hundiendo sus pesadas botas en la nieve blanda.

La ausencia de viento, un factor climatológico que habíamos tenido muy en cuenta para que el fino olfato de los perros no descubriese nuestra presencia con excesiva rapidez, era una ayuda estimable para favorecer nuestros planes.

Nos arrastramos, corrimos a gatas, nos golpeamos unos con otros en la oscuridad y en las piedras, en cualquier accidente de la planicie nevada y mortalmente fría.

No era difícil calcular que la temperatura excedía de los diez grados bajo cero y nuestras ropas no eran precisamente de abrigo.

Muchos prisioneros, muchos hombres condenados por el simple estigma de pertenecer a una raza elegida por Dios y denominada como maldita, habían quedado para siempre en aquellas desconocidas llanuras del norte de Alemania, arrancados de la vida por pulmonías o dolencias similares.

Ya no irían a las cámaras de gas, ya no morirían agrupados en horrendos racimos humanos...

Se quedaban allí, enterrados bajo la nieve blanca, a riesgo de que las alimañas les devorasen para que sus esqueletos, mondos y lirondos, adornasen aquellas tierras en el futuro, como prueba de la tragedia de un pueblo esparcido por todos los lugares del mundo.

—¡Corre, Tadeo! ¡No te rezagues!

Era la voz brusca de Esrom que me animaba.

—¡Corre!

Yo no sentía las piernas, ni los pies dentro de vulgares zapatos empapados de agua, pero no me hacía falta la indicación de mi compañero de fuga.

En unos segundos, en muy poco tiempo...

Desde una distancia prudencial, deteniéndonos solo lo imprescindible para recuperar el aliento, con los pulmones atravesados por los cuchillos del frío, apreciamos con emoción que el foco se había detenido en sus giros alrededor de la torreta e iluminaba con exactitud el lugar por donde habíamos logrado escapar.

Dos centinelas, con sendos perros alsacianos, se habían detenido junto a la maltrecha alambrada y estaban inclinados hacia adelante.

Hasta nosotros, sin poder distinguir sus gestos, llegaban sus voces alteradas y enérgicas.

¡Varios presos habían escapado!

Y nuestras huellas, un reguero de pisadas hondas, les pondría en nuestra persecución en cuestión de segundos.

—¡Corre, Abías!

—¡Corre, Tadeo! ¡Corre o nos matan!

—¡Dios mío!

Nos apresuramos hacia adelante, sacando fuerzas de flaqueza, energías del miedo que nos dominaba...

Y a partir de entonces, descontrolados y sin nervios, cada uno hizo uso de su potencia y capacidad física, sin preocuparse de los demás, rompiendo nuestra unidad de días y noches de insomnio.

Habíamos visto a la luz del sol que a un par de kilómetros existía un bosque de olmos, un lugar que tal vez nos protegería o dificultase al menos la captura.

Y todos con el mismo objetivo, con la sangre latiéndonos alterada en las sienes, tropezando y cayendo de trecho en trecho, sin otro deseo que no fuese correr y correr como locos, nos separamos para siempre, para la eternidad, en dos angustiosos e interminables kilómetros.

Las voces de los soldados sonaban a nuestras espaldas, las luces batían todos los alrededores, los perros ladraban ferozmente...

Y el primer hombre en caer fue Esrom.

Una ráfaga de ametralladora dejó su frente perlada de grandes manchas, como bolas rojas que se hinchaban a impulso de la sangre que nacía impetuosa de los orificios abiertos por las balas.

—¡Tadeo!

Oí su voz, su jadeo de muerte...

No pudo decir otra cosa.

Solo mi nombre.

Su cuerpo, alargado y negro en la nieve, quedó boca arriba, con la masa encefálica brotando con la sangre y desparramándose gris y sucia por la región occipital del cráneo.

Y sus ojos abiertos me perseguían, como si fuesen dos monstruos, reventados y horripilantes.

—¡Rubén! ¡Rubén! ¡Vuelve acá! ¡Vuelve acá!

Y Rubén, con su gran espalda tensa como la ballesta de un arquero, corría sin mirar hacia atrás, sin hacer caso de mis gritos despavoridos y alucinados.

—¡Esrom se ha quedado sin ojos! ¡Se le han salido los ojos!

Lloraba y gritaba.

Incluso pataleaba como un chiquillo al que no le hacen caso en sus pueriles demandas.

Doscientos metros más cerca del bosque, con nuestros sañudos perseguidores en pos de nuestras huellas, silbando sobre nuestras cabezas las balas que tenían como objetivo nuestras vidas, tropecé con otro cuerpo

abatido al que no había visto desplomarse.

Me arrodillé.

Abías, de corta estatura y vientre abultado, estaba boca abajo, con la cara cubierta de nieve fría, sin una mancha de sangre, muerto a juzgar por su expresión de dolor mal resistido.

Le levanté un poco, miré hacia atrás...

Rubén había desaparecido entre el resplandor que brotaba de la nieve y al fijarme otra vez en Abías me levanté de un salto, dejando caer su cuerpo.

Una enorme rata negra y peluda estaba sobre su vientre, comiéndole las entrañas con avidez que causaba pánico y asco.

—¡Dios! ¡Dios! ¿Qué es esto?

Estaba como loco, sin dominio de mis sentimientos, sin poder percibir el calor de mi sangre dentro de las venas, ni la fatiga de los músculos que no respondían a mi deseo alucinado de correr sin detenerme un segundo.

A Rubén le encontré en el bosque, yerto junto a un olmo, pero no quise mirarle, sabiendo de antemano que iba a efectuar un descubrimiento macabro.

Y solo Ajab no apareció, de momento por los alrededores.

Tal vez había logrado escapar, tal vez estaba muerto como los demás.

Deambulé por el bosque a ciegas, con las manos extendidas hacia adelante sin oír nada que no fuesen mis pasos machacando la nieve, siempre la nieve, blanda como una carne podrida.

Pero había algo tras mis pasos.

No escuchaba ningún rumor, pero presentía una presencia caliente y agresiva que me estaba dando caza paso a paso, venteando en el aire, olisqueando el suelo...

Me apresuré a tientas, golpeando en los olmos, cayendo al suelo a cada paso incierto en la negrura fantasmal de la noche.

Un terror frío y sudoroso se pegaba a mi piel, entraba en el cuerpo para morder y devorar mis huesos como si fuesen dentelladas salvajes y crueles.

En la noche no hacía viento.

No había luna.

Pero mis enemigos, mis perseguidores, sin figura humana, estaban ya sobre mí, rugiendo, deseando matar, rugiendo, deseando matar...

* * *

—¡Johann! ¡Johann!

Fueron dos gritos penetrantes.

Dos aullidos que expresaban dolor físico y un terror sin límites.

Johann Helmer saltó de la cama medio adormilado, alcanzó una bata puesta al pie de la cama y salió de la habitación con toda rapidez, tras

ponerse con movimientos precipitados unas zapatillas.

—¡Johann!

Ahora fue un suspiro, una palabra debilitada y apenas audible.

—¡Tranquilícese, profesor Knutzen! ¡Estoy a su lado! ¡No pasa absolutamente nada!

Tadeo Knutzen, jadeando como si hubiese sostenido una veloz carrera, con los ojos desorbitados por el espanto que estrangulaba su alma, se incorporó con una gran fuerza de voluntad para agarrarse al hombre que había entrado en la habitación.

—¡Están ahí! ¡Están ahí, Johann!

—No hay nadie. Estamos completamente solos.

—¡Me engañas! ¡Los he sentido junto a mí! ¡Están ahí!

—Beba un poco de agua.

Johann Helmer escanció el blanco líquido en un vaso, procedente de una jarra que reposaba sobre la mesilla de noche, pero no pudo consumir su propósito.

Tadeo Knutzen, temblando como un epiléptico, le golpeó en la mano derecha, desparramando el agua y tirando el vaso sobre una alfombra.

Su cara, delgada y muy pálida, parecía pertenecer a un cadáver ya atacado por síntomas de putrefacción; las venas azules y estrechas se marcaban en sus sienes transparentes al sufrir grandes palpitaciones; la prominencia de la laringe subía y bajaba a ritmo rápido y sostenido por una respiración fatigosa...

—Ha sido una pesadilla. ¡Solo una pesadilla, profesor!

—¡No! ¡Tú sabes que no!

—¿Quiere que le dé un calmante? Un analgésico le calmará los nervios y le permitirá dormir a gusto...

—¡No quiero nada! ¡Solo quiero que los mates! ¡Que los mates!

—Pero...

—¡Mátalos, Johann! ¡Mátalos!

—Sí, profesor.

Tadeo Knutzen relajó los músculos para dejarse caer sobre la cama. Su semblante tenía ahora una placidez extraña.

CAPÍTULO 4

LA casa estaba situada en la falda de una colina, protegida del viento frío del norte por su vertiente opuesta y también por una zona amurallada, que tenía toda la apariencia de un viejo fortín derruido por el paso de los años.

Por sus laderas, pronunciadas y abruptas, crecían sin orden ni concierto algunas hayas y los accesos al recinto, sinuosos y difíciles, requerían un fuerte esfuerzo físico para ser salvados.

—¿Cansados?

Eugen Leuwen soltó un respingo que hablaba por sí solo y miró a su joven esposa.

—Un poco.

Martin Harstein ensanchó el pecho y respiró a pleno pulmón, procurando disimular una sonrisa de pueril gozo.

—Como buen médico, deberías saber que conviene hacer ejercicio físico para sostener la salud.

—Como médico, bueno o malo, no acabo de entender tu terquedad —replicó Eugen Leuwen.

—¿Otra vez?

—Una y mil veces más. Y cuando regresemos a casa de tu padre, lo quieras o no, te someterás a tratamiento. La mordedura de un perro puede resultar peligrosa y mucho más cuando el animal no ha podido ser sometido a observación.

—Poseidón se ha criado con nosotros desde que era un cachorro, Eugen. Cuando regresemos estará ya en casa. No tienes por qué preocuparte en absoluto.

—Parece mentira que hayas estudiado medicina, Martin...

—Será que me he embrutecido... —rio con ganas.

Caminaron un último trecho, siguiendo la pared amurallada y cubierta de hiedras, para detenerse por fin junto a una gran puerta enrejada que dejaba ver la gran extensión de un jardín bien cuidado, pese a la inclinación del terreno.

—A juzgar por lo que estamos viendo, voy a tener que dar la razón a tu

padre, Martin —comentó Eugen Leuwen, echando un vistazo hacia el camino que había quedado atrás—. Me temo que Tadeo Knutzen debe ser en efecto un «bicho raro». Retirarse a vivir a este sitio le califica sobradamente.

—¿No te gusta?

—Mentiría si dijese que no, pero está demasiado apartado, demasiado solitario...

—El profesor Knutzen es hospitalario. Habla poco y por tanto no os agotará con su conversación, podréis cenar y dormir a gusto...

—¡Viene alguien!

Un hombre fuerte y grueso, caminando por un estrecho sendero de piedra, se acercó hasta la puerta con ánimo de franquearles el paso.

—Buenas tardes, Werner.

—Me alegra verle otra vez, señor Harstein.

—Supongo que el profesor no estará haciendo una de sus redadas, ¿verdad?

—Está en casa.

La puerta produjo un sonido chirriante y molesto al ser abierta con dificultad.

—Los señores Leuwen son grandes amigos míos y me he tomado la libertad de invitarles para que puedan saborear las bellezas de estos lugares.

—Son bienvenidos.

Eran frases corteses, de cumplido, expresadas con una sobria frialdad de criado prudente.

Werner Schader se inclinó con una respetuosa sonrisa y encabezó el grupo en dirección a la casa.

Y mientras caminaban otra vez, superando el cansancio que sentía, Eugen Leuwen se entretuvo en admirar la austeridad del edificio, construido con piedra oscura y cubierto por una lujuriosa vegetación, que no servía para ocultar su solidez y frío aspecto.

La fachada principal era alta, con grandes ventanas enrejadas, y solo algunas zonas laterales y la parte trasera demostraban la erosión del tiempo, en forma de heridas que derrumbaban las piedras y daban un cariz hasta cierto punto ruinoso a la casa, cuya antigüedad podía remontarse a dos o tres siglos, pese a haber sido remozada con cierta habilidad y guardando la armonía del conjunto.

—¿Qué te parece?

—Interesante.

—Hace años era una especie de retiro espiritual, algo parecido a un convento. En esta época apenas entra el sol, pero puedo asegurarte que es un lugar extraordinario. Ni un ruido, todo sosiego y paz... ¡Algo fantástico para descansar a gusto y poder meditar con serenidad! ¡Cuando podáis ver

el jardín con más calma os quedaréis asombrados! ¡El profesor es también un experto botánico!

Werner Schader les abrió el umbroso portón que produjo también un lastimoso sonido de goznes oxidados.

Y para Martin Harstein, buen observador, no le pasó desapercibida la actitud cordial, pero preocupada del criado.

—¿Algún contratiempo?

—Nada de importancia. El profesor tuvo anoche una de sus pesadillas y durmió bastante mal.

—¡Vaya por Dios!

—Se encuentra mejor desde hace unas horas y le agradecerá mucho verle, señor Harstein. Ahora está en la biblioteca leyendo un rato. Iré a avisarle.

—Gracias, Werner.

Eugen Leuwen, un poco al margen de la rápida conversación, aguantó su deseo de sentarse para seguir observando con curiosidad cuanto le rodeaba. Pero siguió observando de pie.

Habían entrado en un salón de excepcionales dimensiones, con pocos muebles y mal iluminado por algunos candelabros adosados a las paredes oscuras.

—¿No tienen luz eléctrica?

—Por supuesto que sí —afirmó Martin Harstein—. Ocurre que al profesor Knutzen le agradan las velas y apenas la usa, salvo excepciones raras.

—¿Una excentricidad?

—Llámalo como quieras.

Las voces sonaban con fuerza en la amplitud desguarnecida del recinto.

Y la última luz de la tarde, entrando por algunos ventanales situados a ras del suelo, apenas indicaban una leve ayuda de claridad para las velas que ardían en los rincones.

Aguardaron el regreso del criado mientras Eugen se preocupaba de nuevo por la mano herida de su amigo, aventurando hipótesis atrevidas que en nada satisfacían a Hedda.

—¿Te duele?

—¡Eugen! ¡Por favor!

—Tú dirás lo que quieras, pero no he dejado de pensar un solo minuto en la posible relación...

Martin Harstein se echó a reír con sinceridad.

—¡No sigas por ese camino! ¡Si insistes no voy a tener más remedio que reírme de ti!

—Quieres quitarle importancia al caso, ¿verdad?

La repentina circunstancia de que una gran lámpara de cristal y bronce se iluminase, desparramando su fluido eléctrico por toda la estancia, y la aparición de Werner Schader, les hizo guardar silencio.

—He supuesto que preferirán otra clase de luz...

Hedda se hundió en un sillón, satisfecha por la luminosidad que daba otra apariencia menos siniestra al salón, al no advertir, como había supuesto de antemano, la presencia de su desconocido anfitrión.

—Estoy rendida...

—El profesor está realizando un trabajo importante y les ruega que le disculpen unos momentos, mientras les muestro las habitaciones. Les espera para cenar dentro de media hora.

—Treinta minutos significan poder darse un buen baño y cambiar de ropa, ¿no os parece? —argumentó Martin Harstein, sin mostrar la menor sorpresa por lo que se podía entender como una falta de delicadeza al no ser recibidos de antemano.

—Es una buena idea.

—Les acompañaré.

Werner Schader les condujo a las habitaciones existentes en la planta superior.

Y media hora después, con rigurosa puntualidad, en un comedor más acogedor que el resto de las dependencias de la casa, exceptuando tal vez la biblioteca, Tadeo Knutzen les recibió con una sonrisa entristecida, que demostraba cansancio.

—Espero que hayas sabido disculparme ante tus amigos, Martin. Estaba terminando algo importante...

—No tiene de qué disculparse, profesor. Sé de sobra que suele estar siempre muy ocupado.

Martin Harstein hizo las presentaciones de rigor y los cuatro se sentaron en torno a una mesa alargada y adornada con flores, que Hedda juzgó como un detalle de exquisita educación, que compensaba con creces la frialdad del recibimiento.

—Werner traerá algo de beber mientras termina de hacernos la cena, ¿verdad, Werner?

—Sí, profesor.

El criado se retiró con una nueva inclinación de cabeza, a las que parecía muy acostumbrado, y los cuatro quedaron solos.

—Martin me ha hablado en muchas ocasiones de usted, señor Leuwen. Y puedo garantizarle que siempre lo ha hecho con una gran admiración por delante. Tengo entendido que es un experto en antropología.

—Yo no diría tanto. Simplemente un buen aficionado en los pocos ratos que la medicina me deja libre y que desgraciadamente son cada vez menos.

—Tiene una esposa muy bella. Y muy joven.

Hedda entornó los ojos con timidez.

—Y si mis ojos no me engañan —añadió—, un poco cansada, ¿verdad?

—Un poco.

—En esta casa no tiene en absoluto que guardar las apariencias. En cuanto termine de cenar, si lo desea, puede retirarse a dormir. Supongo que las conversaciones sobre arqueología no serán muy de su agrado, ¿verdad?

—Es usted muy amable, profesor.

—Sincero. Solo sincero.

Tadeo Knutzen hablaba con cierta cordialidad, pero no sonreía. Su boca estaba siempre plegada, firme en el gesto y su mirada agrisada y huidiza le infundían un aspecto de intranquilidad permanente.

Werner Schader les sirvió unas copas y poco rato después cenaban con buen apetito.

—Supongo que habrá oído hablar de Marcel Homet, ¿no?

Eugen Leuwen mostró una sonrisa comedida ante la pregunta de su anfitrión y dejó el tenedor sobre la mesa.

—Desde luego.

—Sus fotografías, como prueba de su hallazgo, han sido una revelación portentosa para la ciencia. ¡Nada más y nada menos que el hombre de Neandertal vivito y coleando en Marruecos!

—Así es.

La luz que brotaba de un par de lámparas era indirecta, pero resultaba agradable que no hubiese resplandores excesivos en la sobriedad del comedor.

El fuego que nacía de una chimenea cercana, coadyuvaba a crear un ambiente templado y cómodo.

—La teoría de Darwin se ha venido abajo de forma estrepitosa —comentó Martin Harstein—. Hace algunos años, nadie hubiese sido capaz de poner en tela de juicio la evolución del «homo sapiens» y ahora resulta que...

—Todo avanza, Martin —sentenció Eugen Leuwen, con fatalismo—. Y la ciencia más que nada.

—Es preciso que así sea por el bien de la humanidad.

—¿Teme por el destino del hombre, profesor?

Tadeo Knutzen permaneció con la mirada fija en el plato y con la cabeza un poco inclinada para permitir con su actitud pensativa y postrada que Eugen Leuwen pudiese observarle con detenimiento por primera vez.

Calculó que tendría unos cincuenta años, tal vez más a juzgar por su piel cetrina y de aspecto apergaminado, con muchas arrugas y visibles signos externos de haber sufrido bastante en la vida.

Y pese a su franca conversación, algo vivía en el hombre que se palpaba, que se percibía, algo semejante a un estremecimiento permanente que otorgaba a su caduca figura de hombre envejecido con rapidez, una aureola de misterio que provocaba disgusto.

—La ciencia avanzará hasta alcanzar cimas insospechadas, los

progresos serán inimaginables, pero el hombre, su esencia, su alma o como quiera llamarlo, no cambiará. Pervivirán siempre el egoísmo, la maldad, la envidia, el odio y el fanatismo.

Martin Harstein intervino con rapidez.

—El profesor Knutzen siempre ha sido pesimista.

La cena concluyó entre algunos comentarios triviales y Hedda decidió retirarse a su dormitorio, al prolongarse la velada durante algún rato más.

—Solo le robaremos a su esposo unos minutos. Estoy seguro de que Martin le ha traído a esta casa con un objetivo premeditado y es un deber para mí saciar su curiosidad de antropólogo.

—No tardaré, Hedda.

Hedda Wiechart se retiró acompañada del criado y Tadeo Knutzen condujo a los dos hombres a otra dependencia, una biblioteca amplia y bien surtida de libros y curiosidades.

Con manos temblorosas, algo emocionado, el profesor puso ante Eugen Leuwen media docena de estatuitas que representaban tres formas humanas perfectamente identificables y tres figuras de animales.

Martin Harstein sonrió abiertamente.

—¿No tienes nada que decir?

—Creo que...

—¡Míralas, Eugen! ¡Míralas bien!

Eugen Leuwen se inclinó un poco más hacia adelante.

—¿Puedo... puedo cogerlas?

—¡Con cuidado! —advirtió Tadeo Knutzen—. ¡Con sumo cuidado!

—Son perfectas. Y si mal no recuerdo...

—Me alegro de que hayas sido capaz de reconocerlas tan fácilmente, Eugen. Eso prueba que tu debilidad por la antropología no ha cedido un ápice.

—Vi varias fotografías en una revista científica.

Martin Harstein dio rienda suelta a su entusiasmo.

—Son seis de las quinientas estatuitas que Walter Matthes presentó hace algunos años en el congreso de Prehistoria romano y que fueron descubiertas en las cercanías de Hamburgo.

—¡Es increíble! ¿Cómo ha podido obtenerlas?

Tadeo Knutzen se había apartado de ambos hombres y su figura, decrepita y angustiosa, estaba junto al ventanal sin cortinas que mostraba la cara secreta y oscura de la noche.

* * *

La habitación era espaciosa, amueblada con la sobriedad que imperaba en toda la casa y algo lúgubre en su silencio profundo.

—¿Piensan permanecer aquí muchos días, señora?

Hedda Wiechart se encogió de hombros.

—No lo sé, pero supongo que no estaremos mucho tiempo.

Werner Schader abrió un gran armario y los cajones de una cómoda.

—El poco equipaje que han traído me he permitido colocárselo en estos dos sitios. ¿Si quiere que cambie algo o precisa otra cosa?

—No, gracias. Es usted muy amable.

—Tal vez le apetezca un vaso de leche o agua...

—De veras que no. Se lo agradezco.

—Mi habitación está al final del pasillo, señora. Si de todas formas precisan algo usted o su esposo, no tienen más que llamar, aunque sean horas intempestivas.

—Buenas noches...

—Buenas noches, señora.

Hedda Wiechart cerró la puerta al salir el criado.

No sabía los motivos, pero la sobriedad del edificio compaginaba con la noche y la soledad del apartado lugar, produciéndole una extraña desazón.

Estaba inquieta, y sobre todo malhumorada por haberse quedado a solas.

No le gustaba la casa, ni sus habitaciones, ni sus numerosas y las encendidas por cada rincón o en cada esquina...

Se sentó en la cama sin desnudarse, dispuesta a esperar pacientemente que Eugen entrase en el dormitorio, pero los minutos fueron transcurriendo con lentitud desesperante, haciéndose interminables.

Quince minutos.

Veinte...

Media hora.

Y Eugen Leuwen no aparecía.

Inquieta, sin poder dominar su temperamento impresionable y nervioso, Hedda decidió afrontar el ridículo que supondría su presencia de nuevo entre los tres hombres, y abrió la puerta que daba al pasillo.

Estaba segura de haber oído murmullos, algo lejanos y lastimosos que parecían nacer de las entrañas de la tierra, tal vez del jardín que se descubría al otro lado de la ventana con sus formas negras y caprichosas...

Se detuvo en mitad del pasillo, de golpe, asustada por el reflejo de una linterna que avanzaba a su encuentro.

La luz se detuvo y al conjuro del débil reflejo, Hedda Wiechart descubrió la figura de un hombre que no conocía, un ser humano que avanzaba encorvado y cuyo semblante, envuelto en las sombras del pasillo, le pareció excesivamente amarillento.

Johann Helmer, sorprendido por la presencia de la mujer, apagó la linterna y retrocedió hacia las escaleras y la planta baja, pero para entonces, sin poder evitarlo, Hedda había hecho otro descubrimiento más espeluznante.

El hombre, el extraño ser, encogido y temeroso, tenía su blanca camisa manchada de sangre.

CAPÍTULO 5

UN hombre?

La sonrisa de satisfacción que Eugen Leuwen mostraba al entrar en el dormitorio en busca de su esposa, había desaparecido como por ensalmo, para dejar paso a un gesto de honda perplejidad.

Hedda, con visibles muestras de excitación, a punto de llorar y embarullando las palabras, se refugió en brazos de su marido.

—Quise bajar a buscarte, tenía miedo...

—Tranquilízate...

—¡Tenía manchas de sangre en la camisa, Eugen! ¡Las pude ver con todo detalle!

Eugen Leuwen enarcó las cejas con cierto desenfado.

—¿Qué te ha pasado?

—Oí ruidos extraños, como lamentos, y estuve mucho tiempo esperándote. Luego me tropecé en el pasillo con ese hombre...

—¡Vamos, vamos! ¡Cálmate!

—Te digo que es verdad. Cuando me vio en el pasillo, retrocedió hacia las escaleras y desapareció. Y yo no me atreví a bajar sola, podía estar escondido, esperándome...

—Siéntate aquí.

—¿No me crees?

—¡Claro que te creo!

—No me gusta esta casa, Eugen. Creo que debemos irnos enseguida. Mañana mismo...

—¿Te diste cuenta si era Werner?

—No era Werner. Era un hombre más bajo y más delgado. La cara muy macilenta, casi amarilla...

—Probablemente se trataba del jardinero. El profesor Knutzen tiene solo dos criados...

—Tuviste que tropezarte con él al subir.

—¡Yo no he visto a nadie, Hedda!

Hedda Wiechart fue superando su repentina crisis de miedo, a base de las cariñosas y tranquilas palabras de su esposo.

—Debes estar muy cansada y te conviene dormir unas horas. Tal vez ha sido una falsa alarma, o simplemente el jardinero que deambulaba por la casa.

—¿Y su camisa? —preguntó Hedda, con menos excitación—. ¿Y las manchas de sangre que vi en su camisa?

—¡Hedda, por favor! ¡No hemos visto antes a ese hombre porque ha debido estar trabajando hasta muy tarde y las manchas que tú señalas pueden ser tierra! ¡Tienes que tranquilizarte, cariño!

—No debí decirte nada...

—Al contrario. Tienes que decírmelo todo siempre.

—Vas a pensar que estoy loca.

Eugen Leuwen mostró una sonrisa más tranquila.

—¿Por una simple equivocación? Te has puesto nerviosa sin motivo y eso es todo. La grandeza de esta casa, su soledad, las velas... ¡qué sé yo!

—Hay ruidos, Eugen. Si estás callado un momento, si aguantas la respiración, se oyen como lamentos que vienen del jardín, de la noche...

—¿Lamentos?

—Como voces humanas, como niños que lloran...

Hedda Wiechart era incapaz de dominarse y Eugen encendió un cigarro con calma.

Estuvieron en silencio durante un par de minutos, sin moverse, atentos los sentidos a cualquier rumor extraño que llegase del exterior de la casa o de las entrañas de la tierra.

—Yo no oigo nada.

—Ahora no. Se han callado...

—Acuéstate y descansa. Ahora estoy yo aquí y no tienes nada que temer.

—¿Qué habéis hecho abajo?

—La sorpresa que me tenía preparada Martin ha merecido la pena. El profesor Knutzen es un gran aficionado a la antropología y tiene grandes amistades en el campo de la arqueología. Su casa, la biblioteca, es un auténtico museo, una caja de sorpresas...

—No me gusta ese hombre. Tiene algo extraño en la mirada, un sufrimiento oculto que está vivo permanentemente en sus ojos... ¿No te has fijado?

—¿También el profesor, Hedda?

Hedda movió la cabeza en sentido afirmativo, como dando a entender que no volvería a comentar sobre el tema de sus disquisiciones nerviosas.

—Está bien, está bien... ¡Me callaré!

—¡Cariño!

—Lo siento, Eugen.

—No tienes que disculparte de nada. Mañana, a la luz del día, verás las cosas de diferente manera, tal como son.

—Sí, claro.

Eugen Leuwen comenzó a desvestirse en silencio, con el propósito de acostarse, disimulando con dificultad la contrariedad que suponía la excitación infantil de su esposa.

El profesor Knutzen les había propuesto para el día siguiente una interesante exploración de una gruta distante unos ochos kilómetros de la casa, que, al parecer, estaba enclavada en un lugar poco accesible y algo inhóspito.

Se trataba de un descubrimiento del propio dueño de la casa, acostumbrado a realizar algunas investigaciones por su cuenta en la región, de vez en cuando, y Eugen temía que Hedda, alterada y temerosa, no deseara bajo ningún concepto quedarse sola por unas horas.

Llegar hasta la gruta y regresar implicaban ya dieciséis kilómetros de dura caminata, por terrenos difíciles, amén de la propia exploración de la caverna que siempre llevaba consigo riesgos de alguna naturaleza.

Y había pensado con cierta lógica que Hedda no formaría parte del grupo.

Eugen Leuwen apagó el cigarro a medio consumir y se sentó en el borde de la cama, en actitud pensativa.

—¿Te ocurre algo?

—No. En absoluto.

—Pareces enfadado.

Se tumbó a su lado, con una sonrisa forzada, como si dialogase con una niña mal educada.

—¿Se te ha pasado el susto?

—¡Eugen!

La besó en la frente con suavidad.

—¡Eres una chiquilla traviesa!

—No quiero hablar más de ello.

No era el momento propicio.

Conocía la debilidad de su esposa, su carácter pueril...

Decírselo en aquellos momentos, proponerle que se quedase sola en la casa por unas horas, para permitirle saborear la singular aventura que suponía una investigación que colmase su curiosidad de aficionado, era echar por tierra, de antemano, el proyecto.

Y estaba convencido de que Tadeo Knutzen, poco dotado de energías físicas, no se pondría en camino si no estuviese convencido de que tanto Martin como él quedarían plenamente satisfechos de los descubrimientos realizados.

—¡Hedda!

—¿Qué?

—¿Sabes una cosa?

—Si no me la dices...

Besó su frente otra vez y luego sus labios.

Y tuvo deseos de darle unos buenos azotes, como si fuese una chiquilla.

—Te quiero...

Hedda Wiechart cerró los ojos por toda respuesta.

Y durante la noche, durante la larga noche, su sueño fue intranquilo, despertándose con frecuencia, helada de frío y temblorosa...

Allí, en la alcoba, en la oscuridad fría del silencio, estaban otra vez los rumores que antes había percibido.

Lamentos, aullidos...

Lejos.

Muy lejos.

Tan lejanos que muchas veces tenía la impresión de que todos aquellos ruidos deformados estaban solo dentro de su vida y no pertenecían al mundo consciente.

* * *

Se habían marchado.

Se había quedado sola cuando no lo deseaba, cuando el miedo estaba vivo todavía en sus carnes...

El sol, la claridad azul del cielo, las palabras suaves y hasta en cierto modo suplicantes de Eugen...

Muchas cosas habían intervenido en torno suyo para, finalmente, doblegarse al apasionado deseo de su marido.

Incluso el hecho de haber conocido en persona a Johann Helmer, el jardinero, con su blanca camisa manchada de tierra y su rostro amarillento y delgado, que, en efecto, recordaba haber deambulado por los pasillos de la casa después de haber anochecido.

Y nada parecía haber sucedido que fuese anormal para despertar un pánico tan atroz como el sentido horas antes.

Sus nervios, solo sus nervios, habían influido.

Y su debilidad de carácter, el desamparo en que había vivido siempre, hasta tener la oportunidad de conocer a Eugen.

Ya era media tarde y el sol penetraba en la grandiosidad del jardín, a través de las copudas ramas de las hileras de cipreses, orientadas en sus formas alargadas y negras hacia el oeste de la pronunciada ladera.

Era un sol blanco, pero que se revestía prematuramente de reflejos cárdenos de muerte y que en muy pocos lugares de la propiedad conseguía romper el tono umbroso que imperaba por doquier.

El profesor, Martin y su esposo, acompañados del silencioso y hosco jardinero llamado Johann Helmer, se habían alejado a media mañana con el propósito de regresar antes de que hubiese anochecido, y Werner Schader se había mostrado predispuesto para distraer su ocio durante la

ausencia de su esposo.

Después de comer, cuando la temperatura hasta cierto punto templada, había aniquilado las últimas manchas de escarcha, Werner le mostró desde lo más alto de la colina la gran extensión de terreno que pertenecía a Tadeo Knutzen, desde muchos años atrás.

Eran metros y metros cuadrados de laderas lujuriosas en su cuidada vegetación, un mundo verde y compacto, mudo de sombras, que reunía belleza y misterio en proporciones iguales.

Los jardines que rodeaban la casa estaban perfectamente cuidados, destacando el color negro de la tierra y los estrechos y serpenteantes caminos de arena.

Y olía a mil flores diferentes, sin que ningún aroma peculiar fuese perceptible en aquella amalgama de matices, que ponía de relieve las buenas dotes para la jardinería que debía ostentar el hombre que tanto la había preocupado durante la noche.

Hedda había tratado de distraerse durante todas aquellas horas, gozando de la bonanza del día, pero al hacer su aparición el primer síntoma del frío, se refugió en la casa, junto a la chimenea caliente, para entretenerse con un buen libro que Werner había puesto a su disposición antes de retirarse a sus quehaceres.

Y paso a paso, minuto a minuto, la soledad se le fue haciendo más insoportable y sus ojos terminaron por seguir las líneas negras y agolpadas de las letras, sin captar ningún sentido en las frases, ni poder evadirse de la preocupación que empezaba a sentir.

Avivó el fuego con nuevos leños, se sirvió una bebida que pudiese animarla, pero el libro terminó por reposar sobre la repisa superior de la chimenea.

Hacía casi dos horas que estaba sola y Werner no había hecho acto de presencia.

Dos largas horas que se habían consumido muy lentamente, minuto a minuto, sin percibir un ruido...

Y era probable, muy probable, que incluso estuviese sola en la enormidad de aquella casa, encerrada entre paredes de lóbregos perfiles de piedra.

Hedda Wiechart, muy a su pesar, tratando de no pensar en la noche anterior, fue dándose cuenta de que sentía frío en su interior, que su sangre circulaba con prisa en sus venas...

Volvía a sentir miedo.

Volvía a estremecerse sin causa aparente, sin motivo.

Nada había ocurrido, la tranquilidad que imperaba en el saloncito era completa y sus temores podían resultar absurdos y sin fundamento.

Bebió algo de ginebra, pero el fuerte licor no le proporcionó el ciego valor que buscaba; alcanzó el libro otra vez y le ocurrió otro tanto que

anteriormente: leía sin profundidad, sin captar el significado de las letras que parecían estar colocadas sin orden ni concierto.

Y otra vez, como una cadencia monstruosa, llegaron hasta sus sentidos, con proyección lejana, pero evidente claridad, los rumores que hablaban de lamentos, de gritos...

Se levantó de un salto, mirando en derredor suyo con expresión de pánico, sin sangre en la cara y temblando.

—¡Werner!

Llamó sin fuerza.

Sin convicción.

Sabiendo de antemano que no podía esperar ayuda en caso de que ocurriese algo... porque estaba SOLA, sin nadie a su alcance que pudiese ayudarle.

—¡Werner!

Silencio.

Una respuesta de silencio que nacía de la piedra, del enorme sepulcro que parecía la casa cuando ya el sol había terminado por tumbarse sobre la tierra.

Hedda Wiechart se humedeció los labios y retrocedió para situarse junto a la chimenea.

El rumor persistía, se clavaba en sus sentidos...

Y lo que era más aterrador, más atemorizante, era que ganaba en nitidez, que se hacía más claro y revelador segundo a segundo, como si desde su lejanía insondable fuese acercándose a la casa paso a paso, moviéndose como un gusano que reptase por los caminos del jardín primero, y luego por las baldosas frías del enorme recinto que se abría tras la puerta.

Y llegaría hasta allí.

Aparecería ante sus ojos, después de sufrir una transformación extraña.

El ruido ya no era semejante al llanto de un niño, no era un quejido débil y amortiguado por la distancia desde donde procedía, ni por supuesto, podía aducirse que era imaginación de sus sentidos o una impresión de algo inexistente.

El rumor estaba allí, cerca de la puerta...

Y era un gorgoteo, un lamento ronco que se mezclaba con el sordo avance de algo pesado que se arrastraba a duras penas...

Hedda Wiechart chilló con todas sus fuerzas, al ver cómo la puerta se abría de golpe, pero sin llegar a mostrar en toda su amplitud el umbral que protegía.

Y primero surgió una mano crispada.

Una mano grande y nervuda, incluso fantasmal y retorcida en sus formas, despellejada y manchada de sangre, que se extendía por la parte superior con ramificaciones que llegaban hasta los dedos.

Luego el resto del brazo, al desnudo en algunas de sus partes, por estar las ropas destrozadas brutalmente.

Hedda Wiechart sintió que se desvanecía, que sus piernas no eran capaces de sujetar su cuerpo aterido y que la cabeza le daba vueltas de forma alocada, pero no se desmayó.

Y pudo ver, apoyada en la repisa de la chimenea, con las llamas rozando su vestido, cómo Werner Schader aparecía arrastrándose, con los cabellos sobre la cara, deformado, los ojos vidriosos y blancos, espeluznantemente blancos, y la piel arrancada a tiras de forma salvaje y cruenta para no dejar vestigio de otra cosa que no fuese una informe masa de carne roja y desnuda.

Le reconoció por sus ropas, por su pelo y su anatomía física, pero no por los rasgos de su semblante, que habían desaparecido casi en su totalidad.

La nariz destrozada, la boca rasgada y colgando...

Y de su garganta, también salvajemente torturada, brotaba una especie de ronquido, un murmullo deformado, que no guardaba relación con la voz humana, pero que deseaba expresar algo inteligible, tal vez una llamada de socorro angustiada y horrenda.

Sin valor para moverse, acurrucada contra sí misma, Hedda aguantó los violentos deseos de volver a gritar, para poner de manifiesto su enorme pavor.

El cuerpo se arrastró unos cuantos metros más a través de la habitación, manchando la alfombra, avanzando a su encuentro y sin que cesasen sus lamentos de dolor.

Y la mano, la enorme mano derecha de Werner Schader, los cinco dedos de aquel despojo humano, se levantaron hacia Hedda para resbalar por su falda y dejar un rastro de sangre, con cinco marcas delgadas y rojas.

CAPÍTULO 6

EUGEN Leuwen secó el sudor que resbalaba en abundancia por su frente con un pañuelo y mostró en la expresión crispada de sus rasgos faciales un claro reflejo de pesimismo.

Sobre la cama, tumbado cuan largo era y totalmente desnudo, Werner Schader yacía convertido en un verdadero despojo de carne humana que expulsaba un ronquido de dolor y angustia entre convulsiones cada vez más violentas. Era un moribundo.

Un hombre que agonizaba...

—Trae un poco más de agua caliente, Johann.

Johann Helmer, pálido y alterado, sin haber despegado los labios durante su estancia en la habitación, salió apresuradamente para cumplir los deseos del médico.

En su cara macilenta destacaba un temblor, un rosario de muecas nerviosas, que no era capaz de controlar.

—¡Es horrible!

Eugen Leuwen asintió con la cabeza, al escuchar las palabras de Martin, para reanudar la ingrata tarea de limpiar y desinfectar las heridas que cubrían prácticamente todas las partes del cuerpo.

—Está destrozado, brutalmente destrozado...

—¿Necesitas que te ayude?

Martin Harstein estaba a su lado, superando el sentimiento de repulsión que llenaba su boca de saliva agria, con una instintiva piedad hacia el criado.

—No.

—Si quieres que haga algo...

—Solo hay una posibilidad, Martin. Lograr traer una ambulancia que pueda trasladarlo a una clínica u hospital en donde puedan hacerle rápidamente una transfusión de sangre.

—¿No hay otra solución?

—No. Ha perdido mucha sangre ya y cortar las hemorragias no servirá de nada si no es atendido con medios convenientes. Es preciso sacarle de esta casa enseguida.

—Un coche —indicó Martin—. Solo cabe la posibilidad de acercarse hasta la carretera y detener el primer coche que pase. Con un poco de suerte...

—Si sales ten cuidado, Martin. No me haría la menor gracia que te pudiese ocurrir algo.

Martin Harstein frunció el ceño mientras se retorció las manos con nerviosismo.

—Estás pensando lo mismo que yo, ¿verdad?

—¿Qué otra cosa puede haber sido?

—Me cuesta creerlo todavía. Cuanto más lo pienso más absurdo e irracional me resulta.

—Estas heridas son mordeduras, Martin. ¡Mordeduras de perros! Y le han atacado sin piedad, impulsados, sin duda, por un instinto ansioso de matar. De otra forma no se hubiesen ensañado de esta forma tan sangrienta.

—¡No lo entiendo!

—No te esfuerces en comprender una cosa que está fuera de nuestras posibilidades.

—Deben estar cerca, quizá rondando la casa...

—De haber permanecido por los alrededores después de atacar a este hombre, les habiésemos visto al llegar, Martin.

—¿Crees que han podido alejarse después de hacer esto?

—No se me ocurre otra cosa que pensar en la posibilidad de un ataque premeditado. Esta casa no está en un lugar fácilmente accesible ni es un objetivo lógico. Está lejos de la aldea más cercana, sin basuras con restos de comidas, en donde puedan alimentarse...

—¿Un ataque premeditado?

—Quizá no sea eso con exactitud. Digamos que un ataque instintivo, impulsados por algo que tú y yo desconocemos todavía.

—Ya son dos hombres los que han sido atacados ferozmente. Dos hombres destrozados. Por fuerza tenemos que pensar en una relación entre ambos hechos, ¿no te parece?

—Es probable, pero especulando no lograrás esa ambulancia que necesitamos.

—Me iré ahora mismo.

—Tal vez sea conveniente que informes a las autoridades también. Sería conveniente organizar batidas de hombres armados que localicen a esos animales.

—Lo haré.

—¡Martin!

—¿Sí?

—Llévate un arma si hay alguna en la casa.

—Descuida. Hablaré con Johann ahora mismo.

—Date prisa.

Martin Harstein salió de la habitación y Eugen se sentó un momento en el borde del lecho, contemplando al herido con todo detalle.

La mayoría de las mordeduras habían sido superficiales, pero algunas otras habían arrancado pedazos de carne e interesado incluso algunas venas.

Con paciencia, haciendo uso de sus conocimientos médicos, Eugen fue aplicando torniquetes en algunas partes del cuerpo, para contener las hemorragias más fuertes, en espera de poder realizar una cura más perfecta con medios más idóneos.

De momento solo cabía esperar, sin cesar de vigilar el estado del herido en evitación de que se produjese un colapso fatal.

Johann Helmer entró al poco rato, con una gran palangana de agua hervida, que situó sobre la mesilla.

Al lado, una tosca papelera de mimbre contenía gasas y algodón impregnados de sangre, y por la habitación se esparcía un hedor fuerte y repugnante.

—El agua, señor Leuwen.

—Gracias, Johann.

El jardinero permaneció quieto, ensimismado.

—¿Cree que se salvará?

—No lo sé.

—Es terrible...

—Sí.

—¿Quiere que le traiga algo más?

—Sábanas nuevas para taparle y alguna manta, para cuando termine de curar estas heridas totalmente.

—Su esposa está muy nerviosa y quiere entrar para estar con usted. No se separa de la puerta ni un instante.

—Dile que solo será cuestión de unos minutos.

Johann Helmer cumplió las indicaciones de Eugen sin dejar entrar en la habitación a Hedda. Luego, encorvado e intranquilo, volvió a situarse junto al médico.

—¿Qué... qué ha sido, doctor?

Eugen Leuwen le miró en silencio.

Y sus ojos, fijos y transparentes, le produjeron al jardinero un escalofrío.

—Perros. Un grupo de perros.

—¿No han podido ser alimañas?

—No sé.

—Tú conoces mejor que yo estas tierras. Y por supuesto, podrás decirme si hay por los alrededores alimañas que puedan hacer esta carnicería espantosa.

—Tal vez un jabalí enfurecido...

—No.

—¡No se puede estar tan seguro! ¡Los perros no son fieras salvajes!

Se había excitado de pronto, elevando su tono de voz, que por lo general era sumiso y reservado.

—Tranquilízate, Johann.

—¡Es que no puede ser cierto lo que dice! ¡No puede ser verdad!

—¿Quieres decirme por qué?

Johann Helmer se movió de un lado para otro. Su cara estaba desfigurada por una violenta crispación.

Por último y a duras penas, pudo contener su crisis nerviosa.

—No sé lo que digo.

Eugen Leuwen volvió a ocuparse del herido en silencio, superando su depresión física.

Aquella cura horrorosa, después de una dura jornada de caminar, le tenía al borde de caer extenuado.

Y solo al concluir, después de cubrir a Werner con un par de sábanas limpias, cayó en el detalle de que el profesor Knutzen no había hecho acto de presencia.

—¿Dónde está el profesor?

—Se ha retirado a descansar. El profesor Knutzen tiene un carácter muy impresionable para estas cosas y además se encontraba cansado. Ya no es un hombre joven y resistente.

Hedda Wiechart entró en la alcoba al primer requerimiento de su esposo y su mirada despavorida resbaló superficialmente por las sábanas que cubrían el cuerpo desnudo de Werner.

—¡Eugen!

—Quiero hablar contigo, Hedda. Deseo que me cuentes todo lo que ha pasado.

—No sé nada, Eugen. ¡No sé nada!

—¿Oíste algo raro?

—No...

Mentía.

Pero mentía forzada por la presencia hosca y tenebrosa de Johann Helmer, que seguía impresionándola desfavorablemente desde que habían tropezado en el pasillo la noche anterior.

Sin querer, de forma instintiva, Hedda se fijaba siempre en la camisa del jardinero, una camisa blanca, pero muy sucia...

—Debes descansar un rato, Eugen.

Eugen Leuwen se lavó las manos en una nueva palangana y luego respiró hondo.

—Sí. Creo que tienes razón...

Johann Helmer se ofreció de inmediato.

—Retírese a descansar, doctor. Yo me quedaré junto a Werner el tiempo que sea necesario.

—Estaremos en nuestra habitación. Si sufre convulsiones, se mueve o cede el ritmo del pulso, no dudes en llamarme, Johann.

—Descuide, doctor.

—Gracias.

Salieron.

Y en los pasillos, como siempre, lucían algunas velas mortecinas, con llamas pabilosas, que parecían arder en deseos de quemar las paredes de gruesa piedra oscura.

* * *

¡El bosque!

¡Había alcanzado el bosque para deambular entre los olmos, sin percatarme siquiera de que estaba tal vez a un paso de la salvación!

Entre sombras, negras y profundas, como jamás había sentido en torno, caminé a ciegas, con los brazos extendidos, castañeándome los dientes de frío y pánico, sin saber hacia dónde dirigirme y sin que hubiese cedido la mortal angustia que me dominaba.

Y por dos veces, con intervalos de algunos minutos, tropecé con el cuerpo derribado de Rubén, ocurriendo un hecho extraño. La noche era cerrada, abismal, sin perfiles identificables, y, sin embargo, cada vez que tropezaba con el cuerpo de mi compañero de fuga, surgía una luminosidad opaca, pero que permitía divisar los objetos más cercanos.

Estaba caminando en círculo, sin una dirección fija...

Y algunas veces, en la luz ambarina que me permitía una orientación, en el extraño fulgor que resplandecía ante mis ojos rompiendo los contornos oscuros, salían a mi paso los ojos sangrantes y sin cuerpo de Esrom y la enorme rata que devoraba con satisfacción las entrañas de Abías.

¡Estaba loco!

¡Había perdido la razón!

Y grité.

Grité con todas mis fuerzas, sin dar reposo a mi garganta, corriendo el riesgo de que mis perseguidores pudiesen orientarse en las profundidades del bosque y haciendo que el aliento fatigado que sentía a mi alrededor, como algo vivo y caliente, adquiriese mayor relieve, más consistencia...

—¡Cállate!

Me volví.

Era Ajab.

Ajab, el desaparecido, el único amigo que no había muerto en la terrible persecución de que éramos objeto por parte de perros y hombres

armados.

Le agarré por un brazo.

—¡Ajab!

—Si no te callas nos descubrirán. Los perros están muy cerca...

—¡La noche! ¿Ves algo en la oscuridad, Ajab?

—Ni siquiera descubro tus ojos.

—¡Yo sí te veo! ¡Hay claridad alrededor tuyo! ¡Claridad negra!

—¿Qué dices?

—No sé qué me pasa.

—¿Has visto a los otros?

Me eché a reír.

Los ojos de Esrom seguían a mi lado, la rata mordisqueaba en la carne del cadáver de Abías, escuchaba el sonido áspero de sus dientes menudos y afilados...

—¿Qué haces?

—Están muertos. Les vi muertos y llenos de sangre. Y están con nosotros, al lado de nosotros...

—Si han caído, los perros se entretendrán en localizarles, olfatearán su sangre y ganaremos un tiempo precioso. ¡Su sangre es nuestra salvación, Tadeo!

—¿Tú crees?

—Tenemos que correr. No hay viento y si salimos del bosque no les resultará fácil cogernos. Hay mil caminos distintos para evadirnos...

Le veía fácilmente pese a la noche.

Sus ojos brillaban y en su mente se transparentaba la imagen fluida y roja de la sangre de los que habían muerto en la fuga, como una puerta abierta a la vida.

Y la idea, brutal, terrible, me asaltó enseguida.

¡A más sangre mayores probabilidades de vida!

Los perros perderían tiempo olfateando, siguiendo pistas de cadáveres, dándome opción para salir del bosque y no regresar jamás a una prisión de nieve y alambradas que era la antesala de una cámara común de gas.

—Procura no separarte de mí, Tadeo. Juntos tendremos más probabilidades de subsistir...

—¡Ajab!

—¿Qué?

—¿Tienes miedo a morir?

Era una pregunta absurda en aquellos momentos dramáticos y angustiosos para ambos.

Pero yo tenía una razón.

Una justificación que Ajab no podía captar en la oscuridad que le rodeaba.

A tientas, siguiendo un impulso instintivo, como si supiese de

antemano que estaba a mis pies, me había agachado para que mis manos ansiosas tropezasen con una gruesa rama tronchada de algún árbol de los alrededores.

Y no le di tiempo para que respondiese.

Descargué el primer golpe con todas las fuerzas de mi alma, chillando como un loco, sin poder dominar mis deseos...

Y la rama, contundente e implacable, cayó sobre su cráneo con fuerza demoledora, aplastándole la frente y matándole instantáneamente.

—¡No volverán a cogerme! ¡Esta vez no me cogerán!

Ajab se derrumbó como un fardo, pero apenas descubrí unas simples gotitas de sangre cayendo sobre sus ojos extraviados.

¡Y yo necesitaba sangre!

¡Mucha sangre desparramada en el bosque, que oliese profundamente con su aroma pesado y trágico!

Volví a golpear una y mil veces, sin tregua, con furia que me hacía rechinar los dientes...

Y convertí su cabeza en una masa informe y repelente, para seguir golpeando después sobre su cuerpo inmóvil, al no estar en condiciones de advertir la inutilidad de mis esfuerzos finales. La rama no era un objeto tan contundente como para herir en ciertas zonas del cuerpo y arrojé la improvisada arma al suelo cuando, a duras penas, pude comprobar que me estaba arriesgando de forma suicida y sin fundamento.

El aliento estaba cerca, otra vez cerca, como en la ocasión anterior en que había intentado huir del campo de concentración, para no conseguir mi objetivo y verme asediado y atacado por varios perros alsacianos que los soldados habían soltado tras mi pista.

—¡No! ¡No!

Se hizo noche cerrada otra vez ante mi mirada empavorecida y todo mi cuerpo se llenó de dolores horribles.

¡Me mordían!

¡Me rasgaban la carne a dentelladas, con salvajismo, entre gruñidos y feroces ladridos!

—¡No! ¡Ahora no podrán lograrlo! ¡Ahora hay mucha sangre en el bosque! ¡Mucha sangre...!

Como reflejado en un calidoscopio, entre brumas de colores que se mezclaban sin orden ni concierto, recordé la furia de aquellos animales tal vez hambrientos y la aparición posterior de tres o cuatro soldados nazis, bien pertrechados y protegidos contra el frío por gruesos capotes, que me salvaron de una muerte segura para encerrarme de nuevo entre alambradas y nieve.

Solo postergaban mi muerte, cambiaban el suplicio...

Sin sentir los pies, calado hasta los huesos y manchado de sangre, eché a correr hasta perder el resuello.

Y como en un sueño, como en una pesadilla, advertí con un estremecimiento de pánico, que apenas lograba moverme del lugar en donde Ajab se desangraba lentamente...

CAPÍTULO 7

SENTÍA frío.

Un frío semejante a mil cuchillos afilados que entraban en su carne y hurgaban en sus huesos algo descalcificados.

Tadeo Knutzen, con la respiración agitada y los ojos muy abiertos, sin ver nada en torno suyo, se echó hacia un lado de la cama para pulsar a ciegas el interruptor de una pequeña lámpara eléctrica situada encima de la mesilla de noche.

Y la luz, un resplandor en forma de cono, se desperdigó por las paredes de la alcoba, sin llegar a iluminarla en toda su extensión, ni conseguir que se calmasen sus excitados sentidos.

No sentía el calor tibio de las sábanas ni era capaz de centrarse en sus turbias ideas para darse cuenta de que había sufrido una horrible pesadilla.

Su rostro estaba perlado de gotas de sudor que resbalaban por sus hundidas mejillas y la piel tenía el matiz agrisado de un cadáver que se empieza a pudrir.

Y ni siquiera recordaba si había gritado.

Tenía la garganta seca, estrangulada por el miedo y un dolor profundo e insoportable en todo su cuerpo.

Permaneció sobre la cama sin moverse, con la boca entreabierta y los ojos despavoridos en su expresión alucinante.

¿Estaba todavía en el bosque?

¿Había logrado escapar?

Johann Helmer entró en la habitación sin llamar, dando muestras de haber corrido escaleras arriba, sin un segundo de respiro, a juzgar por su respiración jadeante y entrecortada.

—¿Qué le ocurre?

Fue una pregunta asustada, temblorosa.

Y la sonrisa de Tadeo Knutzen, descubriendo la ausencia de algunos dientes, le dejó paralizado y sin sangre en las venas.

Era preferible oírle gritar como un loco, verle incluso retorcerse en el suelo como una sanguijuela pisoteada sin piedad, quejarse con aullidos que derrumbarían la entereza de cualquier hombre por muy firme que fuese...

Todo aquello y más.

Todo lo que su mente morbosa y maniática pudiese imaginar, antes de verle simplemente sonreír de aquella manera tan extraña.

—¡Johann!

Pronunció el nombre del criado con un suspiro, con suavidad sibilosa y sonriente.

Tal y como había hecho en dos ocasiones anteriores durante los muchos años que Johann Helmer estaba a su servicio.

—¡Profesor!

—Sí, Johann. Ha llegado el momento, no puedo soportarlo más...

—¡No!

Tadeo Knutzen se incorporó un poco más en la cama.

Con su sonrisa había también un rictus de dolor que se marcaba claramente en su piel arrugada, en sus sienes palpitantes y en sus ojos enrojecidos hasta tales límites que el color blanco de las escleróticas había desaparecido totalmente.

—Tienes que hacerlo otra vez. Solo una vez más...

Johann Helmer se humedeció los labios notando que las glándulas salivares se habían quedado sin contenido.

—No me pida eso. ¡No me pida eso otra vez!

—No puedo resistirlo, Johann. ¡Me muerden! ¡Me matan! ¡Me están destrozando!

—Tiene que tranquilizarse. Sabe que nada de eso está pasando. Ocurrió hace muchos años, está usted en su casa, en la cama...

—¡No! ¡Estoy en el bosque! ¡Puedo ver los árboles y la nieve blanda que me hiela los pies! ¡Puedo ver a Esrom, a Abías...!

—¡Cálmese!

—Harás lo que te estoy diciendo. ¡Necesito que lo hagas!

—Pero...

—No tienes problemas, Johann. Esta noche no es necesario que salgas de aquí, en busca de un ser humano, no tienes por qué arriesgarte a un contratiempo.

—¡Le pondré un calmante! ¡Se le pasará con una inyección!

Tadeo Knutzen gritó con desesperación.

—¡No! ¡Tú sabes que no se me pasará! Y no sabes lo que es este dolor, Johann. ¡No puedes imaginártelo!

—Por favor, profesor...

Tadeo Knutzen apretó las mandíbulas hasta conseguir que sus venas yugulares, se inflamasen con un golpe de sangre tumultuoso.

Intentó levantarse a trompicones, como loco...

—¡Abajo! ¡Abajo está Werner!

Johann Helmer se abalanzó hacia adelante con ánimo de sujetarle, pero no pudo lograrlo.

Aquel cuerpo delgado y envejecido estaba dotado de unas energías sorprendentes y era probable que ni siquiera entre varios hombres bien dotados lograsen impedir sus movimientos histéricos.

Era como un ataque de epilepsia, como un arrebató de locura...

—¡Solo tienes que bajar las escaleras! ¡Y ni siquiera encontrarás resistencia! ¡Werner se está muriendo y puede servirnos antes de que fallezca!

—Pero...

—También hay una mujer, Johann.

—¡No!

—¿Qué esperas entonces? ¡Baja mientras yo me visto!

—Una inyección...

Tadeo Knutzen sufrió una crispación violenta.

—¡Obedéceme! ¡Tienes que hacer lo que te digo!

—¡No chille! El doctor Leuwen puede oírle...

—¿Dónde está?

—En su habitación. Descansando...

—¿No hay nadie con Werner?

—No.

Un suspiro de alivio.

Un gesto de dolor.

—Por favor, Johann...

Ahora suplicaba, pedía lastimosamente...

—¿Está seguro de que...?

—Ya no puedo resistirlo. Ya es inútil.

Johann Helmer se estrujó las manos.

—Debiera verle un médico, profesor.

—¿Para qué?

—Pueden encontrar un remedio.

—No lo hay. Creerán que estoy loco, me encerrarán en un sanatorio para dementes...

—No puede seguir así. ¡No podemos...!

—Llevas viviendo diez años conmigo, Johann. ¡Diez años! ¡Y solo te he pedido esto en dos ocasiones! Y tienes que ayudarme otra vez, quizá sea la última ocasión antes de que toda esta propiedad y mis bienes te pertenezcan. Yo puedo morir en cualquier momento, soy viejo...

—¡Es horrible, profesor!

—Tú no tienes apenas que hacer nada. Yo soy capaz de liberarme solo, yo lo haré todo como siempre...

—¡No me atrevo a hacerlo! ¡Algo raro está pasando, profesor!

—¿Algo raro?

—¡Werner! Quisiera saber lo que le ha ocurrido a Werner.

—¿Y lo preguntas tú? ¡Tú, que eres un inútil!

—Fue una equivocación...

—¡Les dejaste escapar! ¡Les dejaste huir del foso! ¡Y ahora me acosan a mí! ¡Me aniquilarán!

Johann Helmer se llevó la mano derecha a la boca en señal de requerir silencio.

En el pasillo, al otro lado de la puerta, habían sonado pasos.

—¡Alguien viene!

—¡Échalo! ¡Di que no ocurre nada!

—Debe ser el señor Leuwen. Quizá haya oído...

—¡No importa lo que haya oído! ¡No le dejes entrar! ¡No quiero que me vea así!

Tadeo Knutzen se derrumbó sobre la cama como si las fuerzas le hubiesen fallado de repente, respirando con desasosiego, mientras por las comisuras de su boca plegada rezumaba una especie de saliva blanca y espumosa.

Estaba bajo los efectos de una crisis espantosa, sin control de sus actos ni de sus pensamientos...

Eugen Leuwen vio abrirse la puerta muy despacio y aparecer después el rostro amarillo y anguloso del criado.

—¿Pasa algo? Me ha parecido oír algunos gritos...

—No es nada.

—¿Estás seguro?

—El profesor ha tenido una pesadilla. Eso es todo.

—¿No piensas dejarme entrar?

—Le digo que no es nada. Ya se encuentra mejor.

—De todas formas...

—Buenas noches, señor Leuwen.

—¡Espera!

Eugen Leuwen introdujo el pie derecho para evitar que la puerta fuese cerrada sin otra explicación.

La actitud de Johann Helmer no era normal, su cara ponía de relieve un acentuado nerviosismo que trataba de hacer pasar desapercibido y, por otra parte, dentro de la habitación, sonaban unos quejidos lastimosos, muy apagados, pero fácilmente audibles.

—Si insistes en no dejarme entrar lo haré por la fuerza, Johann.

—No es nada. De verdad que no ocurre nada...

—Razón de más entonces para que pueda ver al profesor.

Johann Helmer dudó un par de segundos, pero luego, al observar la firme resolución pintada en el rostro del médico, se echó hacia atrás para franquear el umbral y permitirle el paso.

—Solo es una pesadilla. Le ocurre algunas veces...

Eugen Leuwen se aproximó a la cama y acercó al rostro del dueño de la casa la lámpara encendida.

Tadeo Knutzen, con los ojos cerrados, tratando de exteriorizar una tranquilidad ficticia, tenía la boca entreabierta, grandes ojeras y muestras evidentes de estar sufriendo.

Con serenidad, sin dejarse impresionar por el aspecto del profesor, Eugen le tomó el pulso, advirtiéndole con cierta sorpresa que sobrepasaba con creces las cien pulsaciones por minuto.

—¿Ha tenido un ataque?

—No...

—¡No me mientas, Johann! ¡Su pulso es muy acelerado!

—Bueno...

—Dime lo que ha ocurrido.

Johann Helmer se mordió los labios. Estaba seguro de que el profesor, pese a su aparente estado de postración, estaba escuchándole en sus torpes y nerviosas palabras.

—Sufre pesadillas, como alucinaciones... ¡Y se asusta mucho! Luego, al rato, se le pasa y no ocurre nada.

—¿Desde cuándo le pasa esto?

—Hace ya mucho tiempo. Que yo sepa desde que entré a su servicio, aunque es probable que ya le ocurriese antes.

—Baja a la habitación donde está Werner y súbeme mi maletín. Le pondremos un calmante para que descanse unas horas y mañana le auscultaré mejor.

—Puedo asegurarle que no es nada peligroso...

—Me temo que debo llevarte la contraria, Johann. Este hombre ha sufrido una grave crisis nerviosa, una excitación enorme, y su corazón no es el de un joven. ¡Haz lo que te digo y no tendremos que lamentar nada!

—Está bien.

Eugen Leuwen respiró con alivio al ver salir al jardinero y se incorporó para permanecer junto al lecho en atenta observación.

El hombre permanecía relajado, como si durmiese, pero ciertos temblores en los párpados ponían de manifiesto que su actitud resultaba un vano y simple intento de engaño.

Sin impresionarse, un poco confundido por la sucesión de extraños acontecimientos acaecidos en pocas horas, Eugen Leuwen aguardó el regreso de Johann.

Por suerte, fuese donde fuese, tenía la costumbre de llevar consigo su maletín de médico, y una vez más su preventiva actitud daba como resultado la satisfacción de poder actuar con cierta eficacia.

Con habilidad, en silencio, Eugen preparó una inyección intravenosa en cuestión de pocos segundos.

—Descúbrele un brazo.

Johann Helmer volvió a dudar, pero al fin obedeció a regañadientes.

Y fue entonces, después de haber inyectado el líquido con encomiable

facilidad, cuando Eugen Leuwen descubrió algo que le llamó la atención.

El brazo del profesor Knutzen mostraba algunas cicatrices, señales redondas y diminutas grabadas en la carne desde hacía muchos años atrás y que se extendían y proliferaban por todo el miembro superior.

—¿Sabes qué es esto?

—No...

Eugen Leuwen miró al jardinero con muy poca confianza.

Y sin mediar palabra, asaltado por un repentino presentimiento, desabotonó el pijama con prisas, dominado por una gran inquietud, para poner al descubierto nuevas señales en el pecho y en otras partes del enjuto cuerpo.

Marcas diminutas, incisivas antaño, que en algunas zonas tomaban la forma de una honda rasgadura...

—¿Qué le ha puesto?

—Es un calmante que disminuye la frecuencia de los latidos en la taquicardia paroxística. No le ocurrirá nada.

—¿Duran mucho sus efectos?

—Unas horas. Dos o tres...

Johann Helmer se movió inquieto.

—Siento lo que ha ocurrido, doctor Leuwen, pero al profesor no le agrada que le vean en este estado. Por eso me resistí a dejarle entrar en la habitación.

—No te disculpes. No es necesario.

—Yo...

—Procura calmar esos nervios.

—Gracias, doctor.

Eugen Leuwen cerró el maletín, comprobando el pulso del profesor antes de retirarse. Ahora estaba seguro de que dormía plácidamente bajo los efectos de la inyección.

Salieron juntos al pasillo envuelto en sombras.

—¿Cómo está Werner?

—No se ha movido.

—Quédate a su lado y llámame dentro de un par de horas. Y no te preocupes por el profesor. No es nada importante...

—¿Usted cree?

Eugen Leuwen creyó captar un matiz de burla en la pregunta del jardinero, pero procuró no darle demasiada importancia, pese a que estaba preocupado.

Habían ocurrido demasiadas cosas extrañas en muy pocas horas.

Su reloj de pulsera marcaba la una y veinte de la madrugada.

CAPÍTULO 8

LOS ruidos estaban allí otra vez.

Eran parte de la noche, parte del silencio que se quebraba como una débil rama bajo el llano lejano y escalofriante que avanzaba por las veredas solitarias del jardín.

Y penetraba en la casa, horadaba los gruesos muros de piedra oscura y húmeda...

Hedda Wiechart no supo a ciencia cierta si se había despertado o si por el contrario había permanecido durante toda la noche en dura y angustiosa vigilia.

A su lado, durmiendo un sueño poco reposado, estaba Eugen, pero dudaba en despertarle.

Podía ser una falsa alarma, un engaño de sus sentidos, y que su esposo, como ya había ocurrido antes, no captase las profundidades de donde procedían las voces o lamentos, que ella identificaba con tanta facilidad.

Dio la luz, saltó de la cama y tuvo el suficiente valor para aproximarse a la ventana y recorrer las cortinas para enfrentarse a la negrura abismal de la noche.

Por alguna retribaja entraba un soplo de viento helado que acuchillaba la temperatura media de la alcoba y aguantó hasta la respiración para cerciorarse de que no era engañada por sus sentidos.

El ruido persistía, era como un grito penetrante que horadaba la quietud fantasmal de las sombras...

—¡Eugen!

—¿Sí?

Le costaba hablar, dudaba de exteriorizar su miedo...

—Estoy intranquila...

—¿Qué hora es?

Una pausa.

—Las cuatro y media.

Eugen Leuwen abandonó su postrada actitud al escuchar las palabras de Hedda.

—¿Las cuatro y media?

—Sí...

—He dicho a Johann que me llamase antes.

—Martin no ha regresado tampoco y ya es muy tarde, ¿no crees?

—Tal vez no haya localizado un coche con rapidez, pero...

—¡Tengo miedo, Eugen! ¡No quisiera tener que decírtelo, pero es verdad! ¡Hay otra vez ruidos extraños fuera de la casa!

Eugen Leuwen se puso los zapatos con rapidez, para percatarse en aquel momento de que su esposa estaba muy pálida.

—¡Cálmate, Hedda!

—No te estoy mintiendo. ¡Tienes que oírlos!

—Quédate en la habitación y no salgas. Voy a bajar para ver a Werner.

—¡No! ¡No pienso quedarme sola otra vez!

Eugen Leuwen guardó silencio de improviso.

Algo había atraído su atención.

Algo que era un bostezo de la noche, un llanto...

—¡Hedda!

—¿Lo oyes?

—Sí. Ahora sí...

Permanecieron en silencio, muy juntos, sin moverse.

—¿Qué puede ser?

—No lo sé.

—Hoy se oyen más claramente que la otra noche...

—Vístete y ven conmigo. Tengo que echar un vistazo a Werner.

Hedda Wiechart obedeció con rapidez, sin preocuparse lo más mínimo de su aspecto físico.

El pelo alborotado, caía sobre su frente y espalda, y en sus ojos, dulces de expresión, se advertía con claridad la imagen del miedo en su redondez asustada.

Salieron al pasillo de forma cautelosa, pisando con cuidado para no meter ruido y descendieron a la planta baja en dirección a la alcoba en donde había sido atendido Werner Schader.

La puerta estaba entreabierta y las lámparas, salvo dos velas casi consumidas, aparecían sin luz, muertas en sus formas de cristal y bronce.

Había poca luz, sombras enormes disparadas hacia las paredes...

Eugen Leuwen penetró en la habitación, sabiendo de antemano que algo había ocurrido.

Johann Helmer no daba señales de vida y la casa, todas sus habitaciones y pasillos, rezumaba un silencio áspero y mortal.

La cama estaba vacía.

—No está.

—Alguien le ha sacado de aquí. Y no hace mucho —apuntó Eugen, para señalar algunas gotas de sangre que manchaban las sábanas y el suelo.

—Volvamos al cuarto, Eugen.

—Tenemos que averiguar quién se lo ha llevado de aquí, Hedda. Ese hombre estaba muy mal y se desangrará fácilmente.

—¿Quién ha podido ser?

—No es una pregunta difícil de contestar, Hedda. Con nosotros, en la casa, solo hay dos hombres. Johann Helmer o el profesor Knutzen. O tal vez los dos.

—Pero... ¿para qué? ¿Con qué objeto?

—Solo hay una forma de averiguarlo.

—¡Por favor, Eugen!

—No ocurrirá nada, Hedda. ¡Tienes que ser fuerte!

—Esos dos hombres no me gustan nada. Te lo dije al poco tiempo de llegar aquí.

—Puede que tengas razón, pero debemos comprobarlo. Es preciso que sepamos con qué fin han sacado de aquí a ese pobre hombre.

—Los ruidos, los ruidos...

Eugen Leuwen estrechó con fuerza a su esposa, tratando de inculcarle el ánimo suficiente para que pudiese dominar sus nervios.

Luego, una vez conseguido su propósito, alcanzó uno de los candelabros para orientarse pasillo adelante hacia la entrada de la casa y el enorme salón.

Sus pasos sonaban en las baldosas frías y producían un eco inquietante al rebotar en las paredes.

—¡Sangre! ¡Hay sangre en el suelo, Eugen!

Eugen Leuwen se agachó para comprobar el descubrimiento de su esposa y cerciorarse de que era reciente.

¡No había duda!

Quienquiera que fuese había transportado el cuerpo de Werner Schader en dirección a la salida de la casa, tal vez hacia el jardín y la noche, dejando como rastro inequívoco un reguero de gotas de sangre negruzca que, sin duda, pertenecían al criado.

Superando su propia impresión y hasta dominando con entereza un escalofrío, para que Hedda no se viese todavía más afectada, pero notando un raro malestar en todo su cuerpo, Eugen Leuwen cruzó el salón para aproximarse a la puerta.

En el suelo, bajo el umbral, había huellas de pisadas, señales de agua, tierra y escarcha, que ensuciaban el felpudo situado junto a la entrada y las baldosas circundantes.

Y en ese instante, cuando Eugen meditaba sobre el posible significado de aquellas manchas, desentendiéndose un momento tan solo de la presencia de su esposa, se produjo algo inesperado.

Un grito.

Un alarido estremecedor, espectral y retumbante...

La voz, desfigurada y desconocida en su tono por la influencia de la

angustia y el miedo, pertenecía a Hedda Wiechart.

* * *

Las dos sombras avanzaban con torpeza, encorvadas, a través de los frondosos vericuetos del jardín, para eludir los obstáculos que salían al paso...

Ramas gigantes con formas espantosas de brazos amputados o serpientes; árboles copudos y amenazadores, matorrales en donde parecía guarecerse una alimaña de ojos brillantes.

—¡Corre, Johann! ¡Corre!

Johann Helmer obedecía con sus últimas fuerzas, arrastrando con dificultad el cuerpo que cargaba desde hacía unos minutos y procurando no resbalar en la inclinación de la ladera.

—¡No puedo más, profesor! ¡Este hombre pesa mucho!

—Solo un esfuerzo más. ¡Estamos cerca ya, Johann!

Jadeaban al hablar con voces alteradas y la noche se llenaba de ruidos extraños, de lamentos, de aullidos...

—¿Oyes? —la voz de Tadeo Knutzen temblaba—. Se quejan, se quejan...

Siguieron avanzando en silencio, dominados por un sudor frío y viscoso que chorreaba por sus caras desencajadas y espectrales y jadeando a cada paso, como dos locos, como seres que formaban parte de la propia oscuridad de la noche.

—¡No te detengas! ¡Sigue! ¡Nos falta muy poco!

Johann Helmer dejó caer el cuerpo a un lado para apoyarse con ademán cansado en una abrupta pared rocosa.

Estaban situados en una especie de pasillo natural, un desfiladero estrecho, tortuoso e inclinado excesivamente, con el suelo resbaladizo por la humedad y el musgo adherido a las piedras y que permitía muy dificultosamente el paso de un par de hombres juntos, de mediana corpulencia.

—¡Es una locura, profesor! ¡Debemos volver a la casa!

Tadeo Knutzen le miró a través de la oscuridad de la noche con un brillo homicida en su vieja mirada.

—¡Tú harás lo que yo te diga, Johann!

Estaba inclinado hacia adelante, con la cabeza sobresaliendo con exceso del resto de su cuerpo y oprimiendo con fuerza temblorosa un grueso bastón en que se apoyaba.

Y toda su fisonomía, toda su caduca figura que parecía haber envejecido una enormidad en cuestión tan solo de unas horas, sufría una profunda transmutación.

La sonrisa era un gesto de goce y dolor entremezclados, sus ojos un

resplandor de fanatismo y enajenación, su piel colgaba mustia y seca, como si fuese a romperse en pedazos...

Ya no era un hombre.

Era un ser situado más allá de cualquier límite racional.

Un monstruo horrendo que temblaba con fuertes sacudidas y que solo tenía un objetivo: su liberación, aniquilar su sufrimiento...

—¡Coge el cuerpo!

Johann Helmer se estremeció de pánico al oír el tono quejumbroso y satisfecho de su voz cascada.

Y sin más palabras, sabiendo de antemano que era inútil cualquier resistencia, obedeció en silencio para proseguir su marcha ladera abajo hasta alcanzar una amplia explanada natural.

Una rotonda que conocía como la palma de su propia mano y por donde estaba seguro de caminar sin necesidad de la linterna que manejaba el profesor con cierta torpeza.

—¡Escúchalos, Johann! ¡Escúchalos cómo sufren!

Johann Helmer, arrastrando el cuerpo en un último esfuerzo de voluntad, se acercó a una especie de hondonada, un foso oscuro y tétrico de donde brotaban ruidos identificables.

Eran aullidos, ladridos semejantes a gritos humanos...

Algunos escalones de piedra rodeaban el foso y descendían hacia la oscuridad para terminar al pie de un enrejado de hierro.

Tadeo Knutzen se acercó muy despacio al borde de la hondonada e iluminó con la linterna la horrible escena que se desarrollaba en aquellas profundidades.

Olía a putrefacto, a carne corrompida...

Y bajo la luz de la linterna surgieron las formas óseas y blancuzcas de algunos esqueletos.

Cuerpos de animales muertos, perros vivos...

Y en un rincón, sendos esqueletos humanos con sus blancas y sonrientes calaveras mirando al cielo lleno de estrellas.

* * *

Werner Schader estaba sentado en una silla situada en un rincón del salón, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en un horizonte que no existía, fijos en la eternidad fría de las sombras...

Tras haber gritado despavorida por el macabro descubrimiento, llorando violentamente, Hedda Wiechart se abalanzó hacia su esposo, sin poder contener una crisis nerviosa.

—¡Está ahí! ¡Está muerto!

Eugen Leuwen abrazó a su esposa y palideció ante el desagradable

cuadro que ofrecía el criado, sentado como un ser vivo, pero envuelto ya en un sudario blanco de sábanas que mostraban algunos regueros de sangre reciente.

Alguien le había sacado de la habitación, tal vez muerto ya incluso, para dejarle allí, en el salón, convertido en una figura fantasmal y horrenda.

—¡Hedda! ¡Domínate!

—¡Vámonos de aquí! ¡Vámonos, Eugen!

—¡No!

—¡Por favor! ¡Esto es espantoso! ¡No puedo resistirlo más!

—Alguien ha tenido que hacer esto, es preciso que sepamos qué está ocurriendo en esta casa...

—¿Oyes?

—Sí.

Los lamentos de la noche eran más claros, más violentos, como si algo especial hubiese desatado hasta el paroxismo sus aullidos escalofrantes y todavía lejanos.

—Es preciso averiguar dónde están el profesor y Johann. No hay nadie más en la casa y forzosamente han tenido que ser ellos, los dos o tal vez uno solo, quienes hayan hecho esto.

—La puerta está abierta, Eugen. ¡Puede que hayan salido!

Eugen Leuwen volvió a fijarse en las manchas de tierra, agua y escarcha, desorientado y sin duda afectado por la cadena de extraños acontecimientos ocurridos en tan pocas horas.

Allí ocurría algo anormal, algo que no era fácil de imaginar, pero que llenaba la sangre de hielo, de frío, de terror...

Juntos, sin separarse un palmo, Eugen y Hedda recorrieron las distintas dependencias de la casa, valiéndose de toda la luz utilizable para evitar sorpresas desagradables.

La habitación de Tadeo Knutzen estaba vacía.

Y sobre la mesa, iluminada como nunca, flotaba una sensación fría de soledad...

CAPÍTULO 9

HABÍA estrellas.

Grandes estrellas blancas que entorchaban el cielo, pero la oscuridad era densa y la temperatura muy baja.

Y la tierra aparecía cubierta en muchas zonas por una delgada mancha de escarcha en donde no resultaba nada difícil descubrir las huellas de pisadas humanas, ni por supuesto seguir el claro rastro que dejaban bajo la noche.

Eugen Leuwen, alumbrando el camino con un candelabro y perdiendo de vista la nitidez de las estrellas al internarse en abruptas partes del enorme jardín, avanzaba paso a paso, notando las manos ateridas de Hedda, agarradas fuertemente a su brazo izquierdo.

Por fortuna no hacía viento y las llamas de las velas pese a que oscilaban al caminar, permitían divisar los contornos con claridad suficiente para no tropezar o perder la pista.

Había claras huellas de pasos humanos.

Y también, al lado de unas pisadas más hondas que las otras, un reguero clavado en la escarcha en forma de dos líneas que trazaban un zigzag caprichoso.

—Volvamos a la casa, Eugen...

Eugen Leuwen requirió silencio con un gesto.

Los aullidos que Hedda había escuchado en varias ocasiones estaban ahora más cerca, resultaban mucho más nítidos, pero seguían dando la desagradable impresión de brotar de las profundidades del jardín, como si naciesen de una gran tumba socavada en cualquier rincón, para poner de manifiesto que forzosamente debían seguir el declive natural del terreno, la ladera en donde estaba emplazada la casa.

—Tenemos que seguir adelante, Hedda. ¡Es preciso armarse de valor y averiguar qué ocurre aquí!

—¡Tengo miedo!

—¡No pasará nada!

Hedda Wiechart estaba pálida y no podía evitar que numerosos escalofríos asaltasen su menudo cuerpo.

Eran demasiadas horas seguidas de nerviosismo, demasiados minutos de tensión desde que habían llegado a la propiedad de aquel hombre llamado Tadeo Knutzen.

Y con solo recordar el tétrico espectáculo presenciado minutos antes, con solo acordarse de la insólita presencia de Werner Schader, sentado, muerto y envuelto en un sudario blanco de sábanas, le quemaba la garganta en un ansioso deseo de volver a gritar hasta quedarse sin voz, hasta perder la noción de las cosas...

Siguieron caminando muy despacio.

Y cada zancada, cada paso que les aproximaba a una verdad increíble, les producía una sensación de angustia que no podían dominar y les hacía temblar.

Era una emoción fría, un impulso desconocido, como una garra que desease estrangular los latidos impetuosos de sus corazones sobresaltados.

Poco después, habiéndose detenido lo imprescindible para orientarse, camino de los misteriosos gritos que poblaban la noche y siguiendo las huellas descubiertas, atravesaron junto a un paredón rocoso, una especie de vieja zona amurallada, que se estrechaba a cada metro, para causar una impresión de aprisionamiento.

Estaban cerca.

Tan cerca que Eugen Leuwen no tuvo ya la menor dificultad para descubrir con cierto asombro la procedencia de aquellos enigmáticos sonidos que se esparcían por todo el jardín y llegaban diluidos y deformados hasta la casa.

Eran ladridos.

Como llantos de perros, llorando a su amo muerto.

Una melodía quejumbrosa, irresistible para los nervios más templados; un eco agudo que atravesaba los oídos como lanzas de hierro...

—¡Eugen!

—Son perros. Perros que aúllan como locos...

—Pero...

Eugen Leuwen apagó las velas del candelabro, tras cerciorarse de que llevaba cerillas en el bolsillo por si era necesario encenderlas de nuevo y caminaron un último trecho agachados, palpando a tientas las sombras que les rodeaban.

Y surgió una luz en un declive.

El reflejo en forma de cono que brotaba sin duda de una linterna.

Hedda Wiechart se llevó ambas manos a la cara, mientras sus yugulares se inflamaban bajo una presión constante de sangre que golpeaba con fuerza las paredes de sus venas.

Era horroroso cuanto estaba sucediendo allá abajo, junto al boquete negro de una fosa cuyo fondo no podían divisar desde la posición que ocupaban.

Johann Helmer sostenía con su mano derecha la linterna y aparecía un poco retirado, con la espalda encorvada y el cuerpo echado hacia adelante, en un aparente estado de contemplación morbosa o simplemente, sin poder retraerse al espectáculo.

Y más allá, seis o siete metros más allá, junto a la fosa oscura y honda estaba Tadeo Knutzen, un hombre desconocido en su apariencia física, con el pelo revuelto, las ropas en desorden y su mano derecha armada con un grueso bastón.

Eugen Leuwen abrazó a su esposa con fuerza y cerró los ojos.

Su anfitrión, el dueño de aquella misteriosa casa de la colina, gritaba con un gozo demencial, mientras descargaba una y otra vez, con brutalidad que producía asco y horror, el bastón que empuñaba sobre el cuerpo de un hombre que yacía derribado a sus pies.

Los golpes caían sin piedad sobre el cráneo ya destrozado y convertido en una masa sanguinolenta y grisácea, y golpeaban después, macerando la carne, el resto de la anatomía de la víctima.

Un cuerpo grande y fuerte, derrumbado en grotesca postura sobre la escarcha helada de la noche, que ya no sentía el frío reinante, que ya no sentía nada...

Eugen Leuwen entreabrió los ojos poco a poco y sus labios se ensancharon bajo un gesto de repulsión y piedad.

Y su voz ronca, acongojada, dejó escapar un nombre entre un temblor sin dominar.

—¡Martin! ¡Es Martin Harstein!

* * *

Todo estaba consumado.

La respiración convulsa fue tornándose normal, los ojos brillantes y desesperados fueron adquiriendo la expresión aguda e intelectual que tenían casi siempre y la mano armada con el grueso bastón dejó de rasgar el aire, para desfallecer bajo el esfuerzo a lo largo del cuerpo, que ya no estaba sometido al dolor y la crispación.

Tadeo Knutzen mostró una sonrisa satisfecha, la sonrisa de un enfermo acuciado de fuertes dolores que desaparecen de repente, tras varias horas de sufrimiento, y se volvió hacia Johann Helmer.

El criado tenía los ojos fijos en la víctima destrozada, en el cuerpo joven y sano minutos antes de Martin Harstein...

—¡No le mires! ¡No le mires así! ¡Werner ya estaba muerto y casi desangrado...!

—Yo...

—¡Arrójalo al foso!

Tadeo Knutzen parecía haberse rejuvenecido en cuestión de minutos.

Su cuerpo estaba estirado, firme y seguro, y en su cara, pálida y sudorosa retornaba el color, el reflejo rojo de la vida tomando fuerza...

Ya era un hombre libre.

Había cesado el dolor lacerante de sus heridas, había esparcido a su alrededor sangre para sus perseguidores, que se entretendrían en olfatear el aroma pesado de la muerte llenando el bosque...

Había escapado.

Otra vez, una vez más...

—¿No me has oído, Johann?

Johann Helmer había escuchado la orden dada, una orden por otro lado ya ejecutada en dos ocasiones más, en dos liberaciones semejantes, pero esta vez no estaba en disposición de cumplirla.

Con la linterna alumbrando hacia un rincón de la ladera en donde crecían en desorden matorrales sin nombre, negros y desafiantes, retrocediendo paso a paso, los ojos muy abiertos y el pánico pintado en su expresión macilenta, el jardinero era incapaz de hablar, de expresar su sorpresa y su miedo.

—¿Qué ocurre?

Tadeo Knutzen se volvió hacia donde apuntaba el cono de luz.

Hacia los matorrales, que se movían sin que existiese un soplo de viento...

Cuatro o cinco perros habían surgido de la oscuridad de la noche.

Animales que avanzaban muy despacio, con los ojos rojos y brillantes, con sus largas lenguas jadeantes y también rojas, como si fuesen símbolos de sangre...

—¡No! ¡No!

Y surgieron más.

Más perros en actitud agresiva, perros que gruñían y enseñaban los dientes blancos e incisivos, como cuchillos prestos a clavarse en la carne...

Tal vez los mismos animales que habían atacado ferozmente a Werner Schader horas antes y que en la carretera habían asaltado a un hombre feliz que se llamaba Rolf Fink, para ser localizados después en distintos puntos de la región, hasta hacer creer que eran diversas bandadas en extraño reagrupamiento.

Tadeo Knutzen retrocedió horrorizado.

La pesadilla que le había perseguido en vida, desde los fríos y nevados campos de concentración, en donde había padecido el odio nazi por su condición de judío, volvía a surgir, resucitada...

Pero ya no era un sueño.

A sus pies yacía el cadáver de un hombre al que había asesinado brutalmente: Johann Helmer estaba cerca, casi a su lado, respirando la realidad de un momento trágico; la noche era noche y no una visión onírica como siempre a raíz de su fuga...

—¡Maldito! ¡Maldito!

Los gruñidos fueron acercándose, amenazadores, implacables...

Y como siempre obedeciesen a un solo instinto, como un solo animal, los perros, famélicos, delgados hasta la saciedad y maltratados a juzgar por sus deformaciones y heridas bien visibles, se lanzaron sobre los dos hombres surgiendo de todos los rincones de la noche quieta y sin viento...

—¡Mátalos! ¡Mátalos! ¡Tú los dejaste escapar, Johann!

Gruñidos, entrechocar de dientes, gritos de dolor...

Y en el foso, en las profundidades tenebrosas de aquella hondonada negra y maloliente, cubierta de esqueletos, los aullidos de las bestias, que aún permanecían encerradas se convirtieron en una melodía insufrible para cualquier oído humano.

EPÍLOGO

EL sol era tibio y calentaba la tierra.

Una tierra que las manos fuertes y jóvenes de Martin Harstein no podrían trabajar más.

—Le parecerá algo increíble, señor Harstein. Y es que realmente lo es, incluso para mi esposa y para mí, que vivimos esa aventura tan horrenda.

Eugen Leuwen caminaba con pereza, los hombros hundidos y la cabeza inclinada, agradeciendo en silencio la caricia de los rayos del sol, mientras empujaba la silla de ruedas.

—Nunca me gustó ese hombre. Y muchas veces se lo dije a Martin, pero ya vieron que no quiso hacerme caso. Si hubiese escuchado mis palabras, si hubiesen ido a casa de cualquier otro amigo...

—Ya es inútil lamentarse.

—¡Es horroroso! ¡Todavía no puedo creerlo!

—Tadeo Knutzen no era un hombre malo, señor Harstein. No era un asesino en potencia.

—¿Cómo puede decir eso?

—Soy médico y hay ciertas cosas que no pueden sorprenderme. El profesor Knutzen llevaba meticulosamente, día a día, sus impresiones, escritas en una especie de diario que he podido leer.

—¿Ha tenido el valor suficiente para hacerlo?

—Sí. Yo mismo necesitaba una explicación para todo aquello y no resultó difícil encontrarla. Ese diario es una prueba irrefutable de los angustiosos sufrimientos de un hombre que fue perseguido y maltratado durante la guerra. Tadeo Knutzen sufría un trauma psíquico, de una profundidad como jamás he conocido otro, ni siquiera por referencias.

—¿Qué le pasó?

—Pudo huir de un campo de concentración, después de haber fracasado en un intento de evasión anterior. Todo su cuerpo estaba lleno de cicatrices horrendas, como consecuencia de haber sido capturado y atacado brutalmente por los perros de los centinelas. Ya no era un ser normal, sino un hombre estigmatizado hasta en las raíces del alma, o del subconsciente. Y en su locura, en sus trastornos mentales, cuando huía por

segunda vez, mató a un compañero de fuga y consiguió tener la suerte de evadirse. Y desde entonces, a juzgar por sus apuntes, le acosaban pesadillas relacionadas con su fuga, de una dimensión tan real y alucinante que sentía las mordeduras de los perros como un hecho tangible, con su dolor físico insoportable convertido en realidad...

—Pero... ¿Cree usted que eso es posible?

—Sin lugar a dudas.

—Me parece inverosímil.

Eugen Leuwen se detuvo un instante, para contemplar el cielo claro, azul brillante, diáfano...

—El hombre es algo más complejo de lo que nosotros creemos, señor Harstein. Algunos hechos vividos se graban en la esfera de lo inconsciente, viven en una noche perpetua del cerebro, pero a veces resucitan, surgen de nuevo... Y el dolor es tan solo una aguda percepción sensorial, captada por nuestra mente, por nuestro cerebro...

—¡Es horroroso!

—Tadeo Knutzen, en su lucha íntima, encontró una forma para liberarse. Ayudado por su jardinero, encerraba perros en una hondonada y les maltrataba. Viéndoles sufrir, haciéndoles padecer hambre y castigos, se recuperaba, se sentía mejor, pero no hallaba la liberación total. Cuando sus pesadillas alcanzaban un determinado nivel, cuando ya no le era posible resistir ni siquiera a base de fuertes analgésicos los dolores que sufría, su presente se hacía pasado, tenía que volver a huir una y otra vez y actuaba como entonces. Pensaba que había logrado su libertad por haber sacrificado a un compañero llamado Ajab, en medio de la oscuridad de un bosque de olmos y entonces necesitaba un ser humano, un hombre a quién matar nuevamente para que los perros se cebasen en su cuerpo y le permitiesen consumir la fuga. Era una especie de ciclo, un retorno inconsciente al pasado que se producía de tarde en tarde, de forma súbita a veces...

—¿Hubo otros hombres, aparte de mi hijo?

—Sí, señor Harstein. En el foso se encontraron restos de dos personas más que siguieron idéntico camino.

—¡Dios mío!

—Johann Helmer llevaba varios años a su servicio, era un criado fiel y poco dotado intelectualmente, un ser humano amorfo, que trataba de resistir inútilmente, pero que no tenía la voluntad precisa para oponerse. Además, tenía la promesa de heredar la propiedad del profesor cuando este muriese y la posibilidad de enriquecerse era una última ligadura para acatar sus mínimos deseos...

—Todo bien tramado, ¿eh?

Reanudaron su paseo en dirección a la casa.

—No era una idea preconcebida, aunque puede parecerlo. Tadeo Knutzen gozaba de buena salud, era un hombre inteligente y apasionado en las ciencias, un ser normal, salvo cuando sus crisis oníricas le destruían física y mentalmente.

—¿Y los perros? ¿Cómo surgieron los perros?

—Johann se ocupaba de todo. Los capturaba, los encerraba, e incluso se encargaba de maltratarlos cuando el profesor lo requería. Una noche debió dejar la reja del foso sin cerrar y muchos animales huyeron. Perros muertos de hambre y de sed, golpeados con salvajismo, rabiosos probablemente en su mayor parte por los padecimientos sufridos. Debieron deambular por la región en busca de comida, agrupados en su terror hacia el hombre que inesperadamente había decidido maltratarlos y guiados por un instinto de supervivencia.

—Y volvieron a la casa.

—Así es.

—¿No le resulta extraño?

Eugen Leuwen se detuvo bajo el emparrado que enmarcaba la entrada a la casa.

Todavía le parecía mentira estar allí, libre de sobresaltos y especulando sobre la insólita aventura vivida tan solo días antes, lejos del horror sentido y que incluso había estado a punto de trastornar a su esposa.

—Sí. Resulta raro, pero puede haber una explicación que no conocemos...

—Volvieron para matar, para vengarse...

—Resulta ridículo pensar así, pero tal vez sea una explicación.

—Y lo lograron. Tadeo Knutzen murió como había presentido mil veces: destrozado a mordiscos, devorado...

Eugen Leuwen cerró los ojos.

No quería recordar.

No deseaba revivir los espantosos momentos de aquella noche larga y horrible.

—Creo que debemos hablar de otra cosa, señor Harstein. ¡No resulta agradable para ninguno de los dos!

—¡Mi pobre Martin!

—Tuvo mala suerte, fue un azar desgraciado... Debió tropezar con el profesor y Johann cuando sacaban el cuerpo de Werner de la casa, supongo que se opondría con todas sus fuerzas y lo único que pudo lograr fue ocupar el puesto de aquel hombre que ya estaba muerto. Si se hubiese retrasado tan solo unos minutos, solo unos segundos tal vez...

Hans Harstein notó los ojos húmedos.

Era mejor no recordar, no hablar...

—Debió ser espantoso para ustedes. Ahora comprendo fácilmente el

estado nervioso de su esposa.

—Se pondrá pronto bien. Por fortuna pudimos salir de allí y refugiarnos en la casa. Antes de que amaneciese llegaron varios hombres, que fueron avisados en la población más cercana por un conductor al que Martin pudo detener en la carretera, varias horas después de haber salido de la casa con la intención de lograr una ambulancia. Y si en lugar de regresar hubiese montado en el coche...

—Ya no hay remedio. Ya es inútil quejarse...

—Sí.

Hans Harstein, pese a su deseo de no seguir hablando del tema, hizo una última pregunta:

—¿Averiguaron quiénes eran los otros dos cuerpos que hallaron en el foso?

—No con plena seguridad. El profesor Knutzen tuvo, al parecer, dos criados, que menciona en su diario, dos hombres que desaparecieron misteriosamente, pero no cita que fuesen asesinados. Indicaba tan solo que se habían marchado, uno después de otro, y que Werner sustituyó al último en irse.

—Creo que debemos tomar algo caliente...

Entraron en la casa.

En un rincón, muy pálida y más delgada, pero con una tibia sonrisa escondida en su rostro, estaba Hedda Wiechart.

A sus pies, dormido sobre una alfombra, Poseidón, el perro de Martin, que había regresado a su casa como su dueño había asegurado, era, con su presencia que traía recuerdos desagradables, la prueba irrefutable de que Hedda Wiechart se estaba recuperando...

—Buenos días, querida.

El sol, luminoso y blanco, entraba a raudales por el hueco de una ventana sin cortinas.

F I N



CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA
EDITORIAL AMERICA S.A.
6401 NW 36th Street
VIRGINIA GARDEN FLORIDA 33166 - U.S.A.
Afiliada al Bloque de Publicaciones Dearmya

EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO 1911

12
Ptas.

